J. M. Bartrina

Algo

OBRAS POÉTICAS

JOAQUÍN M.ª BARTRINA

ALGO

Y

OTRAS POESÍAS

BOSCH, Casa Editorial - Apartado 928 - BARCELONA - 1946

ES PROPIEDAD

Printed in Spain

Imprenta Clarasó; Villarroel, 17. — Barcelona

Págs.

INTRODUCCIÓN 5

POESÍAS

Lógica extraña 31
Casos comunes 33
"Beati illi" 34
Lo que se dice y lo que se piensa 35
En Poblet 37
En sus días 39
A una mujer 40
Imitación de Heine 41
A una 42
Al maestro Juan Goula 43
La oración de la esposa 44
"Te, deum, laudamus" 45
Un viaje fantástico 46
En la muerte de Tomás Padró 52
Íntima 53
Fabulitas 54
Rehabilitación 56
Arabescos 57
A una artista lírica 62
Ellas 64
Petronila 78
Tres fragmentos 83
De Horacio 89

Págs.

Improvisaciones 91
El timor dei 94
Aqui dise del miraclo del timor dei 96

ALGO

"De omni re scibili" 103
Indigestión 105
Fabulita 106
A mi beldad 107
Aniversario 109
Libertad 110
Epístola 112
Mis cuatro muertes 115
"¡Ecce homo!" 118
"Delirium" 121
La última cuerda 124
Fábula 126
A un amigo 128
¡Ojalá! 133
Reflejo 135
¡Oh! ¡¡El honor!! 138
Conformes 140
Excepción 141
Contra Darwin 143
Ciencia imposible 145
Lo respetable 148
La mujer 149
Una duda 152
El tiempo 153

Págs.

Fábula 154
Oscuridad 155
Rojos y blancos 156
Madrigal (?) futuro 161
Episodio de viaje 162
A quien yo sé 168
Silogismo 169
De Horacio 170
De Horacio 172
Arabescos 175
Íntimas 189

INTRODUCCIÓN

Pocos poetas habrá que con una producción tan escasa como la de Joaquín María Bartrina, hayan tenido tan unánime aceptación entre los lectores cultos. Y si la cifra de ediciones que un libro alcanza puede considerarse como el exponente de su valía, la obra de Bartrina, sobre todo la colección Algo — *que hoy damos al público precedida del resto de su producción poética de lengua castellana,* — *merece un primer puesto en la literatura española. El autor no vió más que dos ediciones de su libro (1874 y 1877), ya que poco después de la segunda se extinguió aquella vida tan breve como aprovechada para las bellas letras. Al año siguiente de la muerte de Bartrina veía la luz la tercera edición de* Algo, *y el mismo año la primera de sus "Obras en prosa y verso", prologada por J. Sardá, uno de los críticos ochocentistas de mayor fuste, conocido en toda España por su excelente colaboración en los periódicos y revistas más importantes. A la parte de verso de esta edición puso un breve pero profundo estudio del poeta el notable escritor V. Almirall.*

Como fácilmente comprenderá el lector, poco le queda por espigar al que, en afanoso rebusco, va

a zaga de escritores de tan espléndido bagaje literario como Sardá y Almirall, tanto más cuanto que posteriormente a ellos, otros historiadores de la literatura española han estudiado la obra de Bartrina y emitido acerca de ella juicios tan diversos como dispares eran los idearios políticos y religiosos que cada uno de ellos representaba o incorporaba. Ya el gran polígrafo Marcelino Menéndez y Pelayo, en la época de su vida en que con mayor entusiasmo actuaba de paladín de la ortodoxia católica, se fijó en Bartrina, diciendo de él (Heterodoxos españoles, *t. III, p. 815, 1.ª edición): "Quien desee conocer la literatura heterodoxa de estos últimos años, puede fijarse en... los extrañísimos versos pesimistas, ateos y* heinianos *del poeta catalán Bartrina, coleccionados con título de* Algo *(hay otro volumen póstumo de* Obras en prosa y verso). *Bartrina tenía verdadero ingenio (mucho más que juicio y gusto), pero versificaba muy mal y escribía incorrectamente la lengua castellana." Otro de los críticos que se fijaron en Bartrina fué el agustino escurialense Blanco García, en su* Literatura española en el siglo XIX *(Madrid, 1891-96), libro que levantó gran polvareda, escandalizándose, o poco menos, algunos espíritus timoratos de que un religioso hubiese tenido en sus manos y leído las producciones de tantos autores nada recomendables en el terreno de la moral. El P. Blanco García es el que más hondo ha penetrado en la obra de Bartrina, el que mayores elogios le ha tributado y a la vez el que más sin piedad le ha fustigado, rebasando, quizá alguna vez, las fronteras de la crítica literaria — único terreno en que debería explayarse su labor — y juzgándole desde el punto de vista*

religioso. Vea el lector algo de lo que escribe Blanco García: "Emanadas de un mismo principio tres son las notas dominantes en los versos de Joaquín Bartrina: el ateísmo, el materialismo y la misantropía. Su aversión a Dios se manifiesta de soslayo en forma de dudas o de burlón y grosero cinismo, con base pseudocientífica, pero en realidad muy poco desemejante de la blasfemia tabernaria. Pasman e indignan los alardes de impiedad, con visos de prematura omnisciencia, en que prorrumpe el autor sólo porque ha leído y mal digerido cuatro nociones de fisiología y las obras de Carlos Darwin. Por cierto que en una composición contra el naturalista inglés le reprende sus aseveraciones sobre la descendencia simiana del hombre, quien, en concepto de Bartrina, es mucho menos sensible y caritativo que el mono. Digna filosofía de quien se atrevió a escribir el siguiente aforismo:

"El hombre al hombre olvida,
si le es indiferente, cuando muere,
y si le debe algún favor, en vida."

Alguna vez nos sorprende el atrabiliario poeta catalán con relámpagos de peregrina agudeza y espíritu analítico; pero aun entonces le perjudican la desnudez con que exhibe las ideas, el aire pedantesco de su superioridad y el desaliño selvático de la forma."

Más ponderado, aunque no tan profuso, el juicio que de Bartrina hace el eminente hispanista y crítico literario Fitzmaurice-Kelly, da una idea quizá más precisa y exacta del poeta: "Nada contrasta tanto con su dulce melancolía — alude el crítico

a E. Silió a quien acaba de estudiar — como el áspero pesimismo del catalán Joaquín María Bartrina (1850-1880) que descubre en Algo *(1876) las congojas de un alma joven y desesperada: es — lo demostró más tarde — de lastimosa sinceridad, y cada página de su pequeña colección de poesías aparece iluminada por siniestro resplandor. Bartrina no es un artista; su castellano es a menudo defectuoso, pero tiene un acento personal inolvidable.*" Historia de la literatura española *(Madrid, 1913), pág. 450.*

He aquí los tres notables críticos que han aplicado el escalpelo a la producción del vate catalán, redactada, en su mayor parte, en la lengua de Cervantes, a pesar de lo cual no ha obtenido fuera de Cataluña la difusión que merecía. ¿A qué hay que atribuir este fenómeno? Un pasaje de J. Sardá (Prólogo a la edición de 1881) dará quizá alguna luz acerca de él: "Las obras de Bartrina no sólo muestran lo que era in actu *su talento, sino lo que* in potentia, *esto es, su doble valor, realizado y realizable... Ellas dicen asimismo la multiplicidad simultánea de sus aficiones, que no era la estéril multiplicidad del que busca en vano la orientación de su talento, sino la fecunda del que, dotado de rara flexibilidad, lleva en sí luz bastante a alumbrar cuanto se pone en la visual de sus rayos; ellas revelan, a la vez que las propensiones retozonas y paradoxales de su ingenio, la solidez científica de su inteligencia; nos le pintan como él era, más dado a los primores y filigranas del análisis que a las grandiosidades de la síntesis; no esconden el fondo de amargura y de ironía afectuosa por la que se distinguía Bartrina aun en sus más festivas ex-*

pansiones; y sobre todo ello (causa y efecto, al par, de todo ello) un elemento característico, el de la personalidad del autor, la cual, aunque no llegada todavía a entera madurez, se manifiesta ya en fogosas erupciones que acusan la presencia de algo no común, de un talento que distaba ya y se hubiera ido alejando cada día, de ser uno de tantos... Hasta sus defectos — si tales pueden llamarse las condiciones inherentes a su modo de ser — reflé-janse en estas mismas obras: aquel mariposear sin descanso; su inconstancia, esa inconstancia que paraba en seco sus manos en el momento más feliz de la actividad, y su afición — de que a pesar suyo no podía librarse — a anteponer a lo brillante, a lo sólido, el rasgo chillón del juego de palabras o de ideas, a la sobria cuanto expresiva pincelada de la verdad. Su ingenio, que fué su gloria a los ojos de los más, era el peor enemigo de su talento, que había de ser y fué en realidad, su gloria a los ojos de los menos, pero los más discretos." Los otros — añadimos nosotros — ¿se escandalizaron quizá por la sinceridad con que Bartrina se expresó? Ésta, si otro perjuicio no le causó, por lo menos hizo que se desorientase gran parte de la opinión acerca de la pretendida heterodoxia de Bartrina.

En sentir de muchos, Bartrina es un ateo — recuérdense las palabras antes citadas de Menéndez y Pelayo, — un escéptico, un pesimista. Cuanto a lo primero, el que lea detenidamente y sin prejuicio de ningún género la producción poética de Bartrina, se convencerá de que nuestro poeta es un incrédulo que sólo cree en Dios. *Bartrina no cree en el amor:*

"Sé que a tus ojos, bien mío,
no soy lo que tú a mis ojos;
sé que mi amor, si no enojos,
al menos te causa hastío.
. . . . . .
No te pido tu querer
ni quiero que amor me implores;
yo no quiero que me adores,
sino que me lo hagas ver."

(A MI BELDAD.)

Bartrina no cree en la amistad:

"Desengañado del amor, mi anhelo
en la amistad buscó dulce consuelo
y mi vida partí con fe sincera;
no (digo mal: partí), se la di entera
a un amigo — que lo era me creía. —
Pero un dia llegó ¡terrible día!
le tuve de pesar en la balanza
del interés, y aquel amigo mío
a quien quería yo con tanto exceso,
cedió a una onza de peso."

(MIS CUATRO MUERTES.)

Bartrina no cree en la lealtad conyugal:

"Ante una imagen sagrada
con el corazón ansioso,
con el alma desgarrada,
por la salud de su esposo
ruega triste una casada.
Y no su salud desea

por ser a su amor leal;
la quiere porque a la tal
el llanto la pone fea
y el luto le sienta mal."

(La oración de la esposa.)

Bartrina no cree en sí mismo:

"... hace cuatro (años) que deseo
divorciarme de mí mismo."

(Ecce homo.)

Bartrina, empero, cree en Dios:

"Si no hay alma, ni hay Dios, ni hay otra vida
después de la terrena,
¿por qué, para qué, quién a este terrible
suplicio de la vida nos condena?"

(Íntimas, XXX.)

Ya antes había confesado la reacción obrada en su espíritu por la severidad del templo cristiano, reacción que también se obró en el alma de otro poeta español, Núñez de Arce, como se ve en su poema Tristezas. *Bartrina confiesa a este propósito:*

"Pienso no creer en nada,
y al penetrar en el severo templo,
a mi pesar se dobla la rodilla
y a mi pesar se humilla
mi orgullosa cabeza,

. . . . . .

a lo alto mi alma sube,
los muros espesísimos esquiva
y vacilante y trémula en su vuelo,
el azulado cielo
huye a través de la calada ojiva."

(ARABESCOS, XXVIII.)

Con razón decía, poco después de la muerte de Bartrina, uno de sus biógrafos: "A Bartrina le han tenido por un escéptico y un descreído aquellos que no han hecho sino atrapar las dudas y las sátiras de sus escritos, al paso que los que le conocieron y trataron en vida, tienen el verdadero concepto de aquella alma inquieta, aquel espíritu que, si a menudo hizo labor negativa afirmándose en la eterna duda, fué en gran parte para no confundirse con tantos hombres de miras pequeñas o de refinado egoísmo, que ante la conveniencia personal, no han tenido empacho en llamarse creyentes, olvidando o ignorando el alto significado de la palabra creer." (Lectura popular, *Barcelona, vol. III, n.º 110.)*

Lo cierto es que cuando se olvida de hacer el ateo (según cree conveniente por lo que se dirá más adelante) pronuncia frases que revelan que no lo es:

"¡Oh! ¡quisiéralo Dios! entonces fueran
hombres los hombres, las mujeres ángeles."

(A UN AMIGO.)

Finalmente, en su Epístola *aconseja a Fabio:*

"Cree en Dios y en la mujer.
¡Es tan cómodo el creer!"

Conforme con estas afirmaciones y como en apoyo de las mismas, el catedrático del Instituto de Tarragona, I. Frías Fontanilla, decía en una oración fúnebre (Corona poética *publicada por el Centro de Lectura de Reus)*: "*Yo que creo en Dios, nunca he podido ver en Batrina a todo un ateo; yo que creo en la espiritualidad del alma, nunca he podido ver en Bartrina a todo un materialista; yo que combato cual se merece, el horrible escepticismo, nunca he podido ver en Bartrina a todo un escéptico.*" *En efecto, en* De omni re scibili, *después de afirmar que todo lo sabe porque el materialismo lo explica todo, reacciona diciendo:*

"Mas ¡ay! que cuando exclamo satisfecho:
¡todo, todo lo sé!...
siento aquí en mi interior, dentro mi pecho,
un algo, un no sé qué."

¿Cómo se explican, pues, ciertos pasajes de la producción de Bartrina, en los que aparece como ateo? Aquella inquietud de espíritu en él innata (aquella especie de seudocientificismo *de que habla Blanco García), le distrajo de profundizar en las verdades de la fe cristiana. Pruébalo, entre otras cosas, la facilidad con que concede la eternidad a la materia afirmando (tan gratuitamente por cierto) que "todos los filósofos antiguos y la mayor parte de los modernos han aceptado unánimemente este principio". En todo lo demás debió de hacer lo mismo. Bartrina, pues, en materia de religión era sencillamente un ignorante. Si como — con un rasgo volterianesco — dice, en* Te Deum:

"Voy a estudiar la teología en Vich",

se hubiese tomado el trabajo de estudiar la religión en algún buen tratado, sin necesidad de moverse de Reus, o donde residiese; quizá no hubiera incurrido en las vulgaridades que se le escaparon de la pluma. No hay que olvidar tampoco que la actuación de Bartrina coincidió con una época en que el volterianismo estaba de moda y en que, en Cataluña sobre todo, prevalecían las ideas "liberalizantes" — en la terminología de entonces, — mejor diríase "masonizantes"; algunos de los intelectuales cooperaban a su difusión bajo el mecenazgo de Rosendo Arús, y los corifeos del movimiento vieron en Bartrina un colaborador de primera fuerza, y él en ellos un elemento favorable a la popularidad a que aspiraba. A esta política obedeció la labor de Bartrina en el Ateneo Catalán, enderezada a modernizar el ambiente que en él se respiraba. Fué asimismo uno de los intelectuales que más fomentaron el movimiento catalanista, sin apartarse, empero, de la corriente puramente literaria. "Tan en cuerpo y alma (dice Almirall en el prólogo a la edición de 1881) se había entregado al renacimiento de nuestras letras, que a mediados del 78 había, junto con el que firma estas líneas, solicitado autorización para publicar el primer periódico diario que debía escribirse en catalán."

Terminaremos esta parte del supuesto ateísmo bartriniano con un dato histórico, de fuerza moral indiscutible: el malogrado publicista Federico Rahola, en la biografía que insertó de Bartrina en "La Publicidad" de 3 de diciembre de 1880, después de describir todo lo relativo a la ceremonia del acto fúnebre del entierro — el cortejo salió de

la casa n.º 2 de la calle de Tallers (Barcelona), donde expiró el poeta — decía: "Encima de la mesa se hallaba todavía La imitación de Cristo, *que leía Bartrina a su querida madre durante las interminables horas de su enfermedad." (E. de Molins,* Diccionario biográfico, *art.* BARTRINA.)

Tocante al escepticismo de Bartrina, téngase ante todo en cuenta que nuestro poeta era un hastiado de la vida, no por grandes contrariedades que hubiese experimentado — treinta años no bastan para sufrir desengaños tan fuertes que produzcan el pesimismo bartriniano, — sino por convicción. Aquel espíritu, de inteligencia precoz, falto de la luz de la fe, que tantos y tan arduos problemas de la vida resuelve, y no hallando en lo humano, en la ciencia, en la razón, una cabal explicación de ciertos fenómenos de orden moral, desfalleció, se declaró vencido, cayendo en aquella especie de abulia que él mismo expresa en la epístola A un amigo:

". . . . . no siento
para creer ni voluntad ni fuerza."

Su escepticismo, pues, no era precisamente el que niega la existencia de la verdad o la capacidad del hombre para conocerla, ni era tampoco el de los enciclopedistas franceses, que se cebaba en todo lo que significa religión y metafísica. Era más bien la resultante de su temperamento y su ignorancia religiosa. No sabe — por lo menos aparenta no saberlo — cuál es el fin del hombre en este mundo (una de las primeras lecciones del catecismo). También confiesa que mirando al cielo nunca vió el nombre de Dios escrito:

"Si miro al cielo en estas noches bellas
en que mi alma se eleva al infinito,
en caracteres mágicos de estrellas
nunca el nombre de Dios sé ver escrito."

(ARABESCOS, XXI.)

¿Cómo podía verlo sin la fe, sin la antorcha que ilumina al hombre en la oscura senda de la vida? No sin razón dijo otro poeta:

"La esperanza del hombre es arpa santa,
pulsa la fe sus cuerdas, y sublime
en medio del dolor, preludia y canta."

(G. NÚÑEZ DE ARCE, "Raimundo Lulio".)

De la otra fase del escepticismo bartriniano, o sea, el que radica fuera de su persona, dice el ya citado Frías Fontanilla: "Verdad es que Bartrina retrata, más de una vez, a la sociedad con colores quizá extremadamente recargados; pero ¿tan escéptico es, que pinte el mal sin hablarnos de un próximo iris de bienandanza? No; él mismo dice en el prólogo de su obra: "Llegarán otros tiempos, a buen seguro, en que tal estado de intranquilidad moral se considerará como un caso patológico, digno de estudio." Y no solamente creía Bartrina en el restablecimiento de la tranquilidad moral, sino que la reconocía ya un hecho y la envidiaba en los últimos versos de aquella epístola A un amigo, *que recuerdan los de Fray Luis de León en su oda* ¡Qué descansada vida!

El pesimismo de Bartrina, otra de sus características, tiene también una explicación obvia: cal-

culando por lo breve de la vida de nuestro poeta, puede afirmarse que fué una de las inteligencias que más ahondaron en el conocimiento de aquella maldad del corazón humano, que más o menos lamentamos todos y de la cual es víctima el hombre; aquella maldad que dió alas a los anacoretas para volar a los desiertos de Libia y Nitria, huyendo del trato de los hombres; sólo que Bartrina, ante este profundo conocimiento del fenómeno de la vileza humana, reaccionó en sentido contrario al de las grandes figuras del Cristianismo; ni siquiera adoptó la comprensiva actitud de nuestro Argensola en su admirable soneto:

"Dime, padre común, pues eres justo..."

Colocado Bartrina (permítasenos la comparación) frente a la aguja de empalme, echó el convoy a la izquierda en vez de dirigirlo a la derecha, a la única solución del problema, que es la sabiduría y previsión del Creador. Claramente lo dice en Mis cuatro muertes:

"Mi extraña suerte
quiso que nueva vida recobrase
y a la ciencia con fe la consagrase.
Midió mi inteligencia
la inmensidad del cielo de la ciencia
y allí me hizo encontrar mi suerte ruda
tras de un *porqué* la duda.
Y en mi espíritu entró, y con vil aliento
emponzoñó del alma el sentimiento
más puro, más divino:
. . . . . ."

De este pesimismo, del que rebosa la mayor parte de su producción literaria, quiso sincerarse también Bartrina en el prefacio de la primera edición de Algo *(1874) atribuyéndolo al "malestar moral que produce en nosotros la lucha sin tregua que sostienen dentro de nuestro ser el sentimiento y la razón". En esto, sin embargo, no hizo sino repetir un muy socorrido concepto, aquel pensamiento tan bellamente expresado por Hugo Foscolo en* Il proprio ritratto:

. . . . . Do lode
alla ragion, ma corro ove al cor piace.

Donde con mayor claridad y precisión expuso Bartrina la teoría de su pesimismo fué en la epístola, premiada por el Consistorio de los Juegos Florales de 1876 y que, traducida al castellano, figura en la colección Algo *con el título de* A un amigo. *De ella dice el mencionado crítico Blanco García: "Quizá ningún otro escrito del autor sirve como la epístola para comprender el extraño y antitético dualismo de su naturaleza moral, y la generosa aspiración al bien, que sentía, como corriente de dulces y cristalinas aguas, oculta debajo de las negras y corrosivas que se mueven en la superficie, saturadas de los ácidos de la negación, la misantropía y la blasfemia. Si de ordinario el escepticismo de Bartrina rehuye la luz del consuelo, se mofa de todo o se retuerce con las convulsiones de la desesperación, siquiera adopten igualmente el disfraz de carcajadas; en la epístola se contiene dentro de los límites de la sátira, mordaz e implacable eso sí, exageradamente pesimista, pero con*

el pesimismo que engendra la oposición entre un ideal acariciado y las brutales impurezas de la vida real. Le repugnan el egoísmo y la falsía; descubre en la elevación de los que se llaman grandes hombres, no el vuelo del águila que se remonta a las alturas, sino la industria del reptil que para ascender se arrastra; fustiga la indolencia de los que, no explotando el vicio, le sirven de pedestal; sonríe con amargura ante las muchedumbres esclavas de la ignorancia y las pasiones, mientras dan vivas a la libertad; y no hallando la virtud donde la busca, sospecha que ha huído de las ciudades populosas, porque son muy pequeñas para ella

"... acostumbrada
a vivir en el alma de los justos."

Después de este juicio crítico ¿quién osará decir, como Fitzmaurice-Kelly, que Bartrina no es un artista? ¿A qué llamaremos, pues, arte? Y si no basta este elocuente testimonio del crítico escurialense, pasemos la vista por la producción bartriniana y hallaremos verdaderas preciosidades artísticas. Porque Bartrina no fué un poeta adocenado, ni los defectos de que adolece su producción son bastantes a negarle la entrada en el templo de la gloria, como excelso poeta y, por ende, como artista.

Y henos ya en la tarea de calcular la valía de la obra de Bartrina desde el punto de vista artístico-literario. En este respecto, lo que más destaca en la obra bartriniana es la sátira, y se comprende si se tiene en cuenta que nuestro poeta padecía una especie de misantropía ingénita; en este terreno tuvo puntos de contacto con Becquer y E. Heine — tam-

bién alguno con Campoamor, — pero sin tinte ni matiz de lirismo, de aquel lirismo de que rebosan las estrofas de estos poetas. Véanse si no, Arabescos:

"El último alquimista,
cuando hubo ya agotado su tesoro,
encontró una manera de hacer oro:
inventó el accionista" (XI).

"Esos que buscan leyes en la historia
o crean leyes y hechos
y se quedan después tan satisfechos
¿me sabrían decir qué fuera hoy día
de la Europa moderna y su cultura
si en vez de ir con ventura
(y que a Colón acompañó es muy cierto)
a descubrir la América nosotros,
los de allá nos hubiesen descubierto?" (XII).

"Oyendo hablar a un hombre, fácil es
acertar dónde vió la luz del sol:
si os alaba a Inglaterra, será inglés;
si os habla mal de Prusia, es un francés;
y si habla mal de España, es español" (XX).

Y en el Fragmento c) se lee:

"Quien un buen manjar barrunta,
la mejor ciencia en sí junta,
pues nunca por sabio tomo
a aquel que "¿cómo?" pregunta,
sino al que responde: "como".
La prensa es poder muy hondo,
mas se prefiere (y respondo

de que en contra se responda)
a un artículo de fondo
un artículo de fonda."

Decimos de Bartrina que tiene puntos de contacto con Heine, no tantos quizá para que sus versos puedan calificarse de heinianos *(con perdón del insuperable maestro de la crítica literaria, Menéndez y Pelayo); pero de Heine le separa el espíritu: Heine para cantar el amor perdido, echa mano de la lira y compone endechas rebosantes de lirismo; Bartrina trata sus quiebras de amor con una melancolía más bien estoica, cuando no acude a la ironía zumbona o fustiga implacable, como en el Fragmento a):*

"¡Oh! tú que fuiste mi amiga,
has de saber que te has muerto.
¿Qué respondes, que ayer mismo
admiré tu lindo talle,
pues pasaste por mi calle?
¡Efectos del galvanismo!
. . . . . .
Además, en conclusión,
del cadáver, en verdad,
tienes la misma frialdad
y la misma corrupción."

Donde más se acerca al poeta alemán es en "Íntimas", y entonces para superarlo. ¿Cuándo dijo Heine cosas tan bellas y profundas a la vez, como Bartrina bajo el mencionado epígrafe? Hojéese esta sección:

"Milloncito de mi alma,
mi amor, escribir no sé,
papel y pluma me sobran;
sólo lo escribiera bien,
a ser la pluma mis labios
y tus labios el papel" (V).

"Ríe, en el hermoso hoyuelo
un beso quiero enterrar,
luego ponte seria, y nadie,
nadie lo conocerá" (IX).

"Rodó una perla de tu collar,
cayó en tu seno,
y allí, a tu seno, fuíla a buscar
de gozo lleno.
¡Creílo un nido! ¡Dulce calor,
fuertes aromas,
y acurrucadas hallé en su amor
a dos palomas!" (XII).

"Cual la abeja los olores
en el cáliz de las flores,
bebo en tus labios la esencia
del amor que te consume:
¡el deseo!... ese perfume
de la flor de la existencia" (XIII).

"¡Mis labios en tus labios...,
mis manos en tu seno...
y un canto sin palabras,
con música de besos!" (XV).

La sátira, al censurar con acritud o poner en ridículo a personas o cosas — tal es su naturaleza — roza a la filosofía moral, a tal extremo, que puede considerarse como una modalidad de ésta. Es la psicología tomada en el sentido de la introspección. Según esto y teniendo en cuenta su modo de sacar consecuencias de la vida, Bartrina es un verdadero psicólogo que analiza, medita, reflexiona en lo íntimo del espíritu humano. Y así como al leer a un humorista, sentimos el movimiento espontáneo de la sonrisa de agrado que asoma a nuestros labios, así también al leer al psicólogo, decimos para nuestro adentro, convencidos de que retrata el alma: ¡cuán cierto es! Y esto sucede al leer las poesías de Bartrina: el lector siente que el poeta le habla al alma y que le dice cosas de las que se da ahora cuenta. Y ¿no cabría afirmar que es ésta la cualidad más relevante de nuestro poeta? Por lo menos, en este terreno no tiene parigual en su época, y sus reflexiones son tan verdaderas y obvias dentro de la originalidad, que alguna de ellas ha pasado a ser aforismo, como la moraleja con que corona su Fabulita:

"Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices."

Y qué reflexión moral más exacta que la que dice:

"Esta moneda y esa espada, creo
que son lo más notable del museo;
ambas antigüedades
son restos de las bárbaras edades.
Su origen el catálogo ya aclara:

lástima que decir también no pueda
cuál de las dos más crímenes causara,
la espada o la moneda."

(ARABESCOS, XVIII.)

En Casos comunes *define Bartrina maravillosamente la envidia, y termina con este notable aforismo:*

"Podemos deducir de esos extremos
que, de la vida atados en el polvo,
felicidad es lo que no tenemos.
Tal vez mejor diremos:
felicidad es lo que tiene el otro."

Y en Un viaje fantástico, *pone como un complemento a esta definición, diciendo en la última estrofa:*

"La felicidad que amamos
siempre está en lo que perdemos
y siempre en lo que buscamos
y ¡ay! nunca está en lo que hallamos
y nunca en lo que tenemos."

El haber puesto de relieve las dos mencionadas características de Bartrina, no sería suficiente para dar por completo el estudio de su personalidad, si no se ponderase como merece aquella vis ingenii *que produjo "relámpagos de peregrina agudeza y espíritu analítico", pinceladas de mano maestra que revelaban un alma de verdadero artista. Entre estos primores de arte, figuran los que damos a continuación, como remate de este estudio:*

Delirium, *que es un poemita* heiniano, *de gran fuerza y originalidad, termina con esta filigrana poética:*

"Tiñóse Oriente del color de rosa,
encendida, fragante y hechicera,
que tienen las mejillas de la esposa
al tálamo al saltar por vez primera."

Difícilmente podría expresarse con mayor delicadeza la impresión que recibe el pudor santificado por el lazo conyugal. Tampoco podía expresarse con mayor ingenio la belleza de unos ojos que con las palabras que se leen en la misma sección (Arabescos, *1.ª serie):*

"¿Que cada estrella es un mundo?
¿que es un mundo cada sol?
¡Desde que miro tus ojos
bien me lo sabía yo!"

En Mis cuatro muertes *pinta Bartrina con vivos colores aquella gigantesca lucha que en su interior tenía empeñada:*

"Volví a la vida.
Mi mente fué atraída
por esa meretriz que llaman gloria,
y la seguí; confiado en la victoria,
por ella batallé; la mente mía
un día y otro día
luchó con frenesí... Mi loco anhelo
un desengaño halló, que no un consuelo,
y vi a aquella que virgen yo creía
prostituirse vilmente a la Osadía,"

Y que también en su lira podía vibrar la cuerda del optimismo, lo expresó claramente en su ya mencionada epístola A un amigo:

"¿Y remedio no habrá? ¿Es por ventura
el progreso una rueda que nos vuelve,
después de recorrer siglos de gloria,
al estado salvaje, nuestro origen,
cual vuelve al mar la pobre gota de agua
que desde el mar se remontó en la nube?
El hombre que ha enlazado extraños pueblos
esclavizando al rayo ¿nunca, nunca
podrá salvar esa distancia inmensa
que entre cabeza y corazón existe?
El que torna el carbón en diamante
¿no sabrá transformar el egoísmo
en amor y engarzarlo en su corona?"

El amor puro inspiró a Bartrina ideas de gran originalidad y belleza, que son, a la vez, un mentís a su tan decantado escepticismo. En Íntimas *bordó las siguientes estrofas:*

Toda una noche del Polo;
los dos en un lecho solo:
tú aterida por el frío,
témpanos en derredor...
y en tu pecho y en el mío
el fuego del Ecuador" (X).

"¿Por qué es menor el placer
que el deseo en el amor?
Porque el fruto no ha de ser
tan bello como la flor" (XVII).

"Hay en tu ser otro ser
que forjó mi fantasia
y encarnó la mente mía
en tu cuerpo de mujer" (XXII).

"Amor, deseo, goce, hastío, enojo,
colores son del iris de la vida.
¿Quién, mirando el del cielo, habrá que mida
dónde acaba el azul y empieza el rojo?" (XXV).

La musa de Bartrina le inclinó siempre, como a su elemento propio y peculiar, al poema breve, ligero y de contenido psicológico. Éste era su campo, su esfera de acción; cuando probó el teatro, pudo convencerse de que se apartaba de lo suyo. Su producción dramática se reduce a la zarzuela "La dama de las camelias", el drama "Nuevo Tenorio" y el sainete "Lo matrimoni civil". Como prosador, dejó una serie de artículos de prensa publicados en periódicos y revistas.

E. M.

Barcelona, febrero 1939. III Año Triunfal.

POESIAS

LÓGICA EXTRAÑA

—Todo, todo en el mundo
crece cuarenta metros por segundo.
Esto decía un loco a cierto sabio
que visitaba un día el manicomio,
y al oír inferir tan rudo agravio
al sentido común, con vehemente
celo, digno de encomio,
quiso pulverizar rápidamente
la afirmación absurda del demente.
... Inútilmente, en vano buscó el modo:
cortóle el paso esta verdad probada:
—"A crecer cuanto ve nuestra mirada,
"creciendo nuestros ojos, como todo,
"no crecería a nuestros ojos nada."
Pensó que si el absurdo aconteciera,
creciendo todo en proporción debida,
eternamente igual la razón fuera
entre lo mensurable y la medida.
No encontró medio el sabio
de combatir del loco el desvarío,
y dijo al fin con balbuciente labio:
—Por más que me es sensible
tu afirmación extravagante y vana,
yo no puedo probar que es imposible...
¡Es limitada la razón humana!

¡Dios la hizo así!
— ¡No hay Dios!
— ¡Cállate, impío!
¿Podrás probarme acaso
que Dios no existe?
— Y de que yo no pueda
probarlo ¿no resulta el mismo caso
de antes? ¿O quieres que a tu juicio ceda?
Hay Dios: corriente; concedido queda,
pues no puedo probar que Dios no existe;
pero te exijo — y la razón me asiste,
y así, en tu misma lógica me fundo —
que has de admitir el hecho extraordinario,
de que todo en el mundo
crece cuarenta metros por segundo,
pues no puedes probarme lo contrario.

CASOS COMUNES

Juan envidia de Bruno la nobleza
y Bruno a Juan envidia la riqueza;
ambos envidian a Luis la calma,
y éste envidia a los dos, con toda el alma,
honores y fortuna ¡qué simpleza!
Bruno con lo de Juan feliz sería,
Juan sería feliz con lo de Bruno;
lo de Luis a los dos contentaría
y a Luis feliz lo de los dos haría;
¡y con lo propio no es feliz ninguno!
Podemos deducir de esos extremos
que, de la vida atados en el potro,
felicidad es lo que no tenemos.
Tal vez mejor diremos:
felicidad es lo que tiene el otro.

"BEATI ILLI"

(A TANTOS...)

¡Qué monos! Saben bailar
y hablar con una mujer
— ciencias las dos a la par
que tras de mucho estudiar
nunca he podido aprender. —
¡Y hallan un dulce tesoro
de Escrich en una novela!
y su voz siempre hace coro
cuando se pide otro toro,
¡¡¡y les gusta la zarzuela!!!
¡¡¡y juegan al dominó!!!
¡y si jugando les veis,
siempre les escucharéis
disputando quién faltó,
o poniendo el doble seis!
Siempre alegres se les ve
y tiene nada más que
veinte años toda su vida,
y en la mía, consumida,
yo ya nunca los tendré.
Imbécil yo les parezco,
y es cierto, pues cuando lidio
con mi constante fastidio,
¡verdad que les compadezco!
mas ¡verdad que les envidio!

LO QUE SE DICE Y LO QUE SE PIENSA

— Conque ¿te han dado un destino?
¡lo mereces! (por pollino).
— Yo, no (tu envidia declaras).
— ¡Me alegro! (¡así reventaras!).

— ¿Y mis versos?
— A luz dalos,
están de poesía llenos.
— ¡Son muy malos! (son muy buenos).
— ¡Son muy buenos! (son muy malos).
— Tu opinión en mucho aprecio.
— Yo te los corrijo pronto.
— ¡Ah! mil gracias (es un tonto).
— ¡Hombre! al contrario (es un necio).

— Tú siempre hermosa, Enriqueta
(¡qué necia y qué fastidiosa!).
— Y tú, Julia, siempre hermosa
(¡qué pesada y qué coqueta!).

— ¿Me amas?
— ¿Yo? ¡más que a mi vida!

¿y tú?
— ¡Que si te amo yo!...
¿Me olvidarás nunca?
— ¡No!
¿cómo olvidarte, querida?
(y mi Julia que me espera).
(— Y mi Juan que ha de venir.)
— Sin ti no puedo vivir.
— Yo, sin ti, mi amor, muriera.
(¿Cómo echarle?)
(— ¿Cómo irme?
no quiero que Julia aguarde.)
¡Adiós!
— ¿Tan pronto? (¿tan tarde?)
¿no tienes más que decirme?
— ¡Ah! sí; volveré muy pronto.
— ¡Adiós! (la tonta, me ama...)
— ¡Ay! ¡adiós! (me adora, el tonto...)

EN POBLET

¡Qué bien tus ruinas,
Poblet, me declaran
que vive la dicha
do vive la nada!
Sólo de estos sitios
hoy turban la calma
el verde lagarto
al huir de mis plantas,
la mosca que zumba
y se agita ansiada,
ya presa en las redes
de la astuta araña,
la piedra que cae
del tiempo empujada,
el aura que gime
del bosque en las ramas
y que hasta mí llega
remisa, apagada,
y el eco perdido
de triste campana
que al vecino pueblo
a la iglesia llama.
Aquí, en estas ruinas
mi pecho se ensancha:
todo es luto y muerte...
¡me siento en mi patria!

*

— ¡Cómo corren los postes telegráficos! —
yo de niño, al viajar en tren, decía,
como decía luego, cuando joven:
— ¡cómo pasan los días!
Hoy veo que los días no se mueven
ni los postes tampoco. ¡Y adivina
mi mente con dolor, con amargura,
que era entonces el tren el que corría
y que, en lugar del tiempo, la que corre
rápida, es nuestra vida!

EN SUS DÍAS

Mientras el tiempo nuevos encantos
preste a tu rostro que tiene tantos;
mientras lo mires todo sonriente,
llena de dichas, indiferente,
al fin del año tu exclamarás:
¡un año más!

Mas en pos de uno vendrá otro año
y, desengaño tras desengaño,
verás ya mustias tus ilusiones,
y esclava al verte de tus pasiones,
al cumplir años, triste dirás:
¡un año más!

Si feliz eres y entre la suerte
das al olvido la fatal muerte,
ésta cada año vendrá a avisarte
de que te espera para llevarte,
y tú, anhelante, le pedirás
¡un año más!

Yo que he sufrido, yo que he llorado
y he visto males siempre a mi lado,
si hoy cumples años, como yo creo,
que tantos goces sólo deseo
como mis penas, y vivirás
¡un año más!

A UNA MUJER

Pura, en tu amante fortuna
buscando un dulce consuelo,
le pedías a la luna
de tu cielo.

Liviana, ciega e importuna
buscando un torpe consejo,
hoy lo pides a la luna
de tu espejo.

IMITACIÓN DE HEINE

La luna en el zenit pura brillaba,
lucían en el cielo estrellas mil,
y su luz melancólica copiaba
el río deslizándose sutil.

En alas de lo ideal crucé el espacio
buscando de mi amada la mansión
y al hallar dentro el bosque, su palacio,
de gozo palpitó mi corazón.

Reclinéme en la grada, miré en torno,
y sus peldaños ávido besé
donde veía aún, cual vago adorno,
la breve huella de su lindo pie.

De repente, cual hada misteriosa
la vi en el ajimez aparecer,
incitante mirarme y voluptuosa
sonreírme de amor y de placer.

A UNA

(EN UN ÁLBUM)

Al arroyuelo
"sierpe de plata"
como los poetas
siempre le llaman,
pareces, niña,
niña adorada:
en que eres pura,
en que eres casta,
en que eres dócil,
en que eres mansa...
y en que murmuras...
y en que resbalas.

AL MAESTRO JUAN GOULA

LA NOCHE DE SU BENEFICIO

en el Teatro Principal de Barcelona (14 junio 1876)

Hiende el aire tu enérgica batuta
describiendo un zigzag como el del rayo,
y retumba en la orquesta el estallido
del trueno, y tiembla y se conmueve el teatro.
Trazas con ella signos cabalísticos,
de conjuros sin fin círculos mágicos,
y evocas todo un mundo de harmonías
que dejan el espíritu arrobado.
La agitas cual el tirso de las griegas,
y el aire cruzan voluptuosos cantos:
ya es pincel que colora la harmonía,
ya es cincel que la esculpe en el espacio.
Y no sólo a los cantos marcas ritmo;
el corazón del público, admirado,
sigue el compás también, con sus latidos,
que a la batuta imprimes con tu mano.

LA ORACIÓN DE LA ESPOSA

Ante una imagen sagrada,
con el corazón ansiosa,
con el alma desgarrada,
por la salud de su esposo
ruega triste una casada.
Y no su salud desea
por ser a su amor leal;
la quiere porque a la tal
el llanto la pone fea
y el luto le sienta mal.

"TE, DEUM, LAUDAMUS"

Del mar las olas, cuya furia inquieta
cuando la tempestad Dios no sujeta,
la nave estrellan con atroz vaivén;
las olas a su Dios le dan las gracias,
los náufragos... también.

En su vana razón, a veces niega
el hombre a Dios que con su luz le ciega;
pero al sentir la muerte horrible y cruel
cuando el loco delirio en la agonía,
entonces... cree en él.

Límites puso al mar, y nunca osado
los límites de Dios ha traspasado,
dominando en la playa su altivez;
¡no!... ¡no pudo existir!... ¡nunca ha existido
el canal de Suez!

No hacemos nada más que lo que Él quiere,
y... nuestra libertad de aquí se infiere;
Él en su juicio lo ha dispuesto así:
y lo vamos haciendo, y... somos libres,
¡muy libres, eso sí!

De hoy más ya ni pensar ni escribir quiero;
creer en Dios a todo lo prefiero...
voy a estudiar la teología en Vich.
¡Yo creo en Dios! Sí, sí. *¡Credo in un Dio!...*
¡y qué bien lo cantaba Tamberlick!

UN VIAJE FANTÁSTICO

Dolora

No sé dónde, ni sé cuándo
hubo un ente original
que para ser inmortal
pasaba el tiempo buscando
la piedra filosofal.
Y aunque por rico pasaba
y aunque sabio se creía,
trabajando noche y día
por buscar lo que soñaba
perdió lo que ya tenía.
De su suerte la impiedad
maldijo airado y terrible
y por calmar su ansiedad
de saber, creyó posible
hallar la felicidad.
Arreglóse el equipaje,
cambió un tubo por un traje,
quemó su laboratorio,
y así emprendió su ilusorio
y fantástico viaje.
Al cabo de buen espacio
y de buen rato de andar,
vió a lo lejos a un juglar
que iba a un señorial palacio

para sus penas trovar.
Al divisarle su vista
siguióle un rato la pista.
alcanzóle, y — Perdonad
— le dijo nuestro alquimista, —
¿sabéis qué es felicidad?
— ¿Felicidad? Es pasar
en un deliquio la vida
y dulcemente cantar
los placeres del amar
al pie de nuestra querida.
— ¿Y nada más es?
— Sí, a fe,
amar entusiasta el arte
— ¿Y eres feliz?
— ¿Yo? no.
— Ve,
pues, — y el buen juglar se fué
con la música a otra parte.
Sonrió el alquimista, apenas
de él el juglar se ausentó,
cruzó praderas amenas,
hasta que al fin las almenas
de un castillo divisó.
Tras mucho andar se vió enfrente
de aquel enhiesto castillo,
hallóse con otra gente
y bajaron el rastrillo
con el levadizo puente.
Por él pasó el cenagoso
y profundísimo pozo,
y entró en el recinto, donde,
pensativo y caviloso,
encontró al ceñudo conde.

Inclinóse y saludó
a la altiva majestad
(que ni siquier le miró),
y cual siempre, preguntó:
— ¿Sabéis qué es felicidad?
Felicidad es la ley
imponer a nuestra grey
y unir, pues me corresponde,
a una corona de conde
una corona de rey.
— ¿Y sois feliz?
— Y ¿quién lo es?
Si un rey antes me humilló,
él lo será, mas yo no,
ya que me incliné a sus pies.
Dijo el conde, y se marchó.
Al sacerdote halló luego
y a la condesa y a un paje
y a todos alzó su ruego
explicándoles con fuego
el objeto de su viaje.
— Fuera feliz — la condesa
le dijo, — a ser yo duquesa,
que ahora, de mi suerte esclava,
para mí el placer acaba,
mientras para ella no cesa.
Entonces yo miraría
batirse con fe bravía,
al eco de cien clarines,
mil apuestos paladines
por una mirada mía.
— Feliz — respondióle el paje —
fuéralo yo, según creo,
si ciñera un marcial traje,

rompiendo en brioso coraje
cien lanzas en un torneo.
Y oír, alegre el corazón,
que aclamaran mi tesón
al rumor del añafil,
desde el pechero más vil
al más cumplido garzón.
— Feliz — dijo el sacerdote —
sólo lo es quien cree en Dios.
— Entonces ¿lo seréis vos?
— ¡Yo!... — y calló, y luego a buen trote
se fué siguiendo a los dos.
Huyó presto el alquimista,
aburrido y despechado,
salió del castillo airado,
y hasta perderlo de vista
no respiró sosegado.
Caminó muy diligente
y creyó lograr su idea
acertada y prontamente,
al ver un corro de gente
a la puerta de una aldea.
Fuése allí con ansiedad,
abriéronle el paso todos
al ver su provecta edad,
y él les dijo en sabios modos:
— ¿Sabéis qué es felicidad? —
Cuando la pregunta oyeron
su objeto no comprendieron;
unos al cielo miraron,
al suelo otros se inclinaron,
y al fin así respondieron:
El menos necio: — ¡No sé!
Un labrador: — ¡Ya se ve!

tener yugadas de tierra,
no ver de señores guerra
e ir a los autos de fe.
Uno: — Por siempre gozar
del amor de una mujer.
Una (en voz muy baja): — ¡Amar!
Aquél a ésta: — Tú adorar.
Ésa a aquél: — ¡Ay! su querer.
Uno rico: — La indigencia.
Uno pobre: — La opulencia.
Uno muy viejo: — La infancia.
Uno estúpido: — La ciencia.
Uno sabio: — La ignorancia.
Cuando halló en tan pocos seres
tan diversos pareceres,
nuestro cuitado alquimista,
antes de hablar las mujeres
se marchó con planta lista.
En su loco desvarío
el mundo cruzó bravío
de su bello ideal en pos,
viniendo a ser un Judío
errante número dos.
Matóle su ideal maldito,
y arrepentido y contrito,
dejó, fruto de su numen,
de sus viajes el resumen
en quince líneas escrito:
"Nuestra vida pobre y triste
sólo en un punto consiste,
que fijó la suerte ciega
entre un *ayer* que no existe
y un *mañana* que no llega.
Y cansados de no ver

el goce en nuestro alredor,
en nuestro cruel padecer
sólo llamamos placer
a la escasez del dolor.
La felicidad que amamos
siempre está en lo que perdemos
y siempre en lo que buscamos,
y ¡ay! nunca está en lo que hallamos
y nunca en lo que tenemos."

EN LA MUERTE DE TOMÁS PADRÓ

A quien la invoca de dolor henchido,
al que la llama airado de su suerte,
tiene siempre en olvido
la implacable guadaña de la muerte.
Ella deja vivir a los que gimen,
no quiere que quien sufra ya sucumba,
sólo el crimen le place, y no es un crimen
ofrecerle la calma de la tumba.

Pero a quien, joven, ante nada cede
y con fe al porvenir raudo se lanza
y muestra a todos que valer más puede
la realidad aún que la esperanza,
la Muerte a traición nos le arrebata:
su sed de mal así se satisface
y en su crimen horrible se complace,
que a un mismo tiempo y con un golpe, mata
al artista y hiere a los testigos
de sus triunfos, que le aman y le admiran,
y a mil y mil amigos
que hoy, al verse sin él, tristes suspiran.

ÍNTIMA

A R.

Cansado de farsa y dolo,
en aislamiento profundo,
camino llorando, solo,
¡solo!
sin un amigo en el mundo.
El tiempo todo lo trunca
¡ay! y por eso en la vida
sé que no ha de volver nunca
¡nunca!
la dicha, una vez perdida.
Aunque luz mi mente irradie,
cuando yo triste sucumba,
ni amante, ni amigo; nadie
¡nadie
vendrá a llorar en mi tumba!

FABULITAS

A D. N. N.

Quiso un tal Juan, que por imbécil brilla,
hacer una tortilla,
y para dar con el procedimiento
preguntólo a una criada de talento.
— Basta para ello — respondió la tal —
una sartén, aceite, un huevo y sal.
Cogió Juan la sartén, la puso al fuego,
de sal llenóla y luego
partió un huevo a su modo
y puso en la sartén cáscara y todo;
la sartén roció al punto con aceite
y aguardó el resultado con deleite.
Al cabo de un buen rato
ya el todo humeaba y repugnante hedía.
Juan lo de la sartén vertió en un plato
por ver lo que saldría,
y salió... una solemne porquería.

Te enseñará esta fábula alegórica
que, a menos de que salgan muy perversos,
no bastan para hacer bonitos versos
las reglas de un tratado de retórica.

De su cuartito en la entrada
una corista muy lista
echaba en cara a un corista
su voz débil y apagada.
—Soy un buen bajo profundo—
dijo éste frunciendo el ceño,—
y si hoy en ello me empeño,
oirá mi voz todo el mundo.
Y lo que dijo fué exacto,
pues valiente y arrogante,
al llegar al concertante
del final del tercer acto,
cuando el coro daba un *do*,
el corista largó un *si*,
y aun con poca voz, así
todo el público le oyó.

A igual método se inclinan
muchos, y renombre obtienen,
no por la voz, que no tienen,
sino porque desafinan.

REHABILITACIÓN [1]

Solo estaba Satán en el infierno
siglos hacía, cuando entró Caín.
Ambos a Dios juraron odio eterno
y dar juraran a su imperio fin.
— Soy la revolución por Dios maldita,
desterrada por Dios — dijo Satán.
— Soy el trabajo que a ese Dios irrita —
dijo el terrible vástago de Adán.
Miráronse; en la luz de la mirada
brilló rayo de cólera en los dos,
y la raza de Abel tembló asustada
y hasta en su trono estremecióse Dios.
¡La maldición divina con su peso
no los hundió!... ¡Raza de Abel, atrás!
¡Plaza al triunfante carro del Progreso
que arrastra Caín y empuja Satanás!

(1) Publicóse esta poesía en "La Lauseta", almanaque del patriota latino (año 1878) que daba a luz la Sociedad internacional de aquel nombre establecida en Montpellier. Además de la traducción en prosa francesa que de *Rehabilitación* (como de todas las composiciones de dicho libro) se insertó al pie del original, L. Xavier de Ricard publicó una traducción en verso libre en el dialecto de Montpellier.

ARABESCOS

(1.ª serie)

En vano lloran las nubes
sus aguas sobre la mar,
que no han de endulzar sus olas,
ni han de aumentar su caudal.

*

¿Qué es el deseo? ¿Anhelo que convida
a apetecer un no sé qué vedado?
¿Recuerdo de algún goce ya pasado
tal vez en otra vida?

*

Sale un hombre a la calle y, no os asombre,
una piedra sobre él cae y le arredra:
¿cae la piedra cuando pasa el hombre?
¿o pasa el hombre cuando cae la piedra?
Resolvedme problema tan profundo,
y creeré, os lo aseguro muy sincero,
en la casualidad, si es lo primero,
en la fatalidad, si es lo segundo.

*

Tal vez aquello en lo que más pensamos
ni tan siquiera exista...
¿quién sabe si la luna que admiramos
es tan sólo un defecto de la vista?

*

En las rosas purpurinas
(y lo mismo en otras cosas)
el feliz sólo ve rosas
y el triste sólo ve espinas.

*

Dice la Biblia que al crear el hombre
hízole Dios de polvo;
mas, de seguro que antes llovería
y Dios en vez de polvo cogió lodo.

*

Desde el tiempo del diluvio,
si habrá llovido en el mar...
¿de qué ha servido? de nada;
ni se ha llegado a endulzar.

*

Más, mucho más, gusta siempre
lo bonito que lo bello,
lo monstruoso que lo grande,
lo ingenioso que lo cierto.

*

Es muy justo se nos note
que de lo ideal nos burlamos;
la gran prueba es que encontramos
ridículo a don Quijote.

*

Según me roban la calma
los ojos de mi morena,
a ser niños sus dos niñas
serían los niños de Ecija.

*

¿Que cada estrella es un mundo?
¿que es un mundo cada sol?...
¡desde que miré tus ojos
bien me lo sabía yo!

*

General es Serrano,
generales Pavía y Ros de Olano;
general es Zabala, y Moriones
es general también, y lo es Briones,
y en fin ¡caso fatal!
hoy hasta el malestar es general.

*

Un tal Julián Sentías,
oscuro corredor de sederías,
solicitó constante
a la esposa de un rico fabricante.

Cogió un día la espada este señor
y atravesó al oscuro corredor (1).

*

Era un tal Azael
sacerdote o levita en Israel.
Un día sus maldades infinitas
supo el pueblo y gritó: ¡fuera levitas!
y en mitad del invierno — y no es de risa —
se quedó el pueblo en mangas de camisa.

*

En el templo budhístico la estatua
del dios Vichnú se ve,
y en su ojo izquierdo centellea y luce
un brillante más grande que una nuez.
Inmenso es su valor; solo en el mundo
por su tamaño es...
La virtud vale más, no por más bella,
sino porque es más rara su altivez.

*

Lo sublime es sencillo. A la infinita
combinación de líneas que en el lienzo
deja el pincel que un fuego sacro agita;
a las notas sin fin en que se agota
la inspiración del músico más pura,
la música prefiero y la pintura
del mar, que es una línea y una nota.

(1) Escrito, este equívoco pierde la gracia; en cambio, leído, se disimula fácilmente el artículo, y entonces aparece la agudeza de ingenio. *(N. de la edición Sardá, 1881.)*

*

Cuando triste entre penas desfallezco,
pienso en morir y entonces compadezco
a los gusanos que han de roer mi yerto
cadáver, cuando muerto.
Al buscar, arrastrándose en mi pecho,
mi corazón, hoy ya pedazos hecho,
para hacer de él, royéndole, su nido;
o le hallarán en piedra convertido
o en manantial de sangre envenenada,
o en vez de corazón no hallarán nada.

A UNA ARTISTA LÍRICA

EN LA NOCHE DE SU BENEFICIO

Es opinión de recibo
que, mejor que a la acción *prúsica*,
se considera a la música
cual método curativo.
En ella hallarás la calma,
público, cuando la pierdas,
que ella hace vibrar las cuerdas
del alma, si acaso hay alma.
Y aunque es una idea cómica
que al pronto bien no se alcanza,
más excita una romanza
que una dosis de *nux vomica*.
En ningún libro está escrito
y a nadie tal vez le acuda,
mas, por si alguno lo duda,
a la prueba me remito.
Da una tiple con profundo
arte un *mi-bemol;* bien pues
el *mi* da 603
vibraciones por segundo.
Y sumando vibraciones
por cada nota que brota,
el que oye, por cada nota
goza un mar de sensaciones.

Y multiplicando así
todas ellas sin temor,
por la sensación mayor
que es el admirarte a ti,
resulta de esta doctrina
que cuando cantando estás,
te han de aplaudir a ti más
que a un doctor en medicina.

ELLAS [1]

MONSERRATE

Como me canso pronto,
creo que es un empeño triste y tonto
el de quien trate, echando
la bofa, jadeando
de ascender a la cima de este monte
para ver más lejano el horizonte.
Creo que es el subir un disparate
impropio de mi genio y mis costumbres;
a mí del Monserrate
me gustan más las cuevas que las cumbres.

ALEJANDRA

A Alejandro Magno, creo
que tú te has de parecer,
por tu nombre y tu poder
aun menor que tu deseo;
por dejar a todos hartos
con hazañas nunca vistas;
por realizar cien conquistas
y por temer a los Partos.

(1) Selección de los epigramas publicados por J. M. Bartrina bajo el seudónimo "J. de Aragón", en Barcelona, 1876.

Socorro

Tus ojos me queman el alma,
tu luz me persigue si corro,
tu aliento me roba la calma
¡socorro, Socorro, socorro!

Orosia

En estos tiempos tranquilos
se llaman hombres de peso
los que tienen con exceso
las *onzas* más que los *kilos.*
Cree, Orosia; más de un hombre
tu amor daría al olvido
y tu nombre y tu apellido
por la mitad de tu nombre.

Olga

Nombre de princesa rusa
o de alguna *lady* inglesa,
forma boreal trae impresa
y origen del norte acusa.
Mas si nuestro patrio sol,
que copia el Ebro y no el Volga,
presta su luz a una Olga
de pabellón español;
yo me comprometo a hallar
este nombre extraordinario,
con ella en el calendario
conjugando el verbo *holgar.*

Oportuna

Puede hallar, por su fortuna,
el hombre una mujer buena,
pura, fiel, de gracias llena,
pero ¿quién la halla *oportuna?*
Con sus errores malditos
fuerza es que hasta el mal se agrave:
cuando pitos, ya se sabe,
flautas; cuando flautas, pitos.
Si hay alguna no importuna,
presto el hombre la desprecia
y con razón, o por necia,
o por infiel, *o por tuna.*

Salomé

¡Pobre Regnauld! (1). Por mi fe
te juro que cuando ve
codiciosa mi mirada
una Salomé pintada,
recuerdo tu Salomé.
¡Duerme en paz, genio inmortal!
La Salomé criminal
que pone en su cara tintes,
fuerza es que tú no la pintes
porque se pinta muy mal.

(1) Pintor francés, célebre por su Salomé.

Desdémona

"Quien engaña una vez, cien más engaña."
Desdémona engañó con puro celo
a su padre; el recuerdo de esta hazaña
blandir hizo el puñal al ciego Otelo.
Mas no a Shakespeare, a Darwin con tu nombre
me recuerdas, ya que éste nos pregona
que el hombre desde mono pasó a hombre;
tú a mujer has llegado *desde mona.*

Emma

Leer tu nombre no da enojos
a la vista, se ve bien
y es corto y se lee en
un abrir y cerrar de ojos.
Ni a la boca causa agravios,
pues tu nombre se pronun-
cia muy fácilmente en un
abrir y cerrar de labios.
¡Ven! te quiero probar eso:
une a mis labios tu oído,
y hallarás que su sonido
se parece mucho a un beso.

Prisca

Aunque aquí tu nombre canto,
ignoro completamente,
Prisca, en extremo demente,
en qué día cae tu santo.

Mas no sé quién me decía
sobre tu nombre, que si
se ha de parecer a ti,
debe caer cada día.

Olimpia

Cual la Olímpiada griega
usted, Olimpia, no será,
porque aquella Olimpia da,
mientras usted, Olimpia, niega.
Yo me parezco a los griegos
en que al verla y al amarme,
siempre deseo entregarme
a los olímpicos juegos.

Berenguela

La luna en el mar riela,
y en la moviente ola estriba,
firme, orgullosa, altiva
la fragata "Berenguela".
Si se llega a agujerear
su casco y el mar lo inunda,
fuerza es que el navío se hunda
en los abismos del mar...
Basta que este ejemplo indique,
y que no olvides espero
que por un solo agujero
se va una fragata a pique.

Perfecta

Tu nombre la obligación
te impone, al casarte amada,
de ser aquella casada
de Fray Luis de León.
Éste estuvo en la prisión
y no fué su estancia en vano;
de una esposa lo inhumano
pudo aprender en su encierro,
porque una esposa... de hierro
sujetó tal vez su mano.

Blasa

Fría Blasa cual la nieve,
de conversación muy breve,
dijo altiva y desdeñosa
que nunca en su alma se posa
el amor, ni la conmueve...
Y hoy me escribe, y hoy me invita
a verla sin mis rivales
y dice que necesita
que le mande una letrita
de mil o dos mil reales.
He de pasar por su casa
pues este favor me impetra;
ya veo en su amor sin tasa
que a Blasa para ser brasa
sólo le falta una *letra*.

Saturnina

De Verne y Flammarión las creaciones
arrebatan mi alma, que de un vuelo
remóntase del cielo
a las ignotas últimas regiones.
Allá, por los espacios celestiales
para gozar, mi mente se imagina
celebrar en Saturno saturnales
en brazos de una bella Saturnina.

Magina

Un mi amigo se imagina,
cuando ve escrito tu nombre,
que en la mujer es *magina*
lo que es *magín* en el hombre.
No se puede esto aplicar
a ti, pues oí decir
que te cuesta imaginar
y te es fácil concebir.

Sara

Tu nombre se parece al de un desierto:
penetra en él la caravana errante
y, de sed anhelante,
a veces queda el caminante muerto.
Y piérdense en la arena,
que arde como una fragua,
o pasan con el tiempo a mano ajena

los odres o pellejos ya sin agua.
Mi alma, por este ejemplo ya asustada,
en la región por tantos explorada
no quiere penetrar; de ella me alejo:
quiero salvar al menos el pellejo.

Consejo

Mi esperanza será vana
y de amarte la ambición
morirá en mi corazón
si acaso eres catalana,
pues tu nombre da tormento,
y de celos refunfuña
quien sabe que en Cataluña
hubo *Consejo de Ciento.*

Gerónima

Gerónima gusta mucho
de oírme contar historias
y viajes y novelas;
cuando estoy con ella a solas
de Madrid siempre la explico
los templos, pues es devota,
y acabo diciendo, tierno,
mirando su cara hermosa,
(que se tiñe al escucharme,
del color de la amapola):
—Pero créeme, lo más bello
es la Concepción Gerónima.

Paz

Si oyes en mi habitación
dos voces desentonadas
y cantos y carcajadas
y gritos sin ton ni son;
si oyes, entre el estallido
de un beso o de un puñetazo,
o ruido de un silletazo
u otra clase de ruido;
como quien nada oye haz,
y aunque oigas quebrar cristales,
no entres. Todo son señales
de reinar por allí *paz*.

Verona

Eres tú, dicen algunos,
cual la ciudad italiana
que en época ya lejana
fué asaltada por los hunos.
Y ya sabemos nosotros,
de memoria poco faltos,
que conoces los asaltos
de los hunos... y los otros.

Clemencia

Clemente cual pocos haya,
soy bueno, soy bondadoso,
soy dulce, soy cariñoso,
como bien tu amor ensaya;

mas si llego a ser tu esposo,
ya de genio he de cambiar;
cruel me quiero mostrar
por esencia y por potencia,
y juro que mi Clemencia
a nadie he de hacer probar.

LELIA

El amante de Lelia
libre parece,
pues hace mil alardes
de independiente;
mas no se libra
de ser esclavo, y siempre
Lelia *le lía.*

TORIBIA

Yo te amaría quizás
si no fueras tan cruel;
sería constante y fiel,
pero casarme, ¡jamás!
Pues, y tu perdón imploro,
tu nombre al ver cómo empieza,
casi siento en mi cabeza
alguna cosa de toro.

RAQUEL

Un día cualquiera espero
encontrarte en el puchero,
pues tu nombre, vida mía,
es un nombre de judía.

Eugenia

Soy pobre y veo te pesa,
pues pobre no quiere a un hombre
la mujer que lleva el nombre
de una emperatriz francesa;
mas no es mucha mi ambición
si acaso te ofrezco un duro
de lo que aquélla, te juro
dió por un Napoleón.

Amaranta

Amaranta, más de cien
amarán tus mil encantos;
amar debes, y entre tantos
ama y da fe tú también
a quienes das más quebrantos;
a los que sufran por ti
ama; debe tu belleza
amar a aquellos que así
amarán con frenesí
Amaranta, tu nobleza.

Medina

En Medina nació un día
el autor del Alcorán,
y los moros con afán
religioso, en romería
cada año a Medina van.
Mi fe a los moros se inclina

y con ellos determina
ir, si acaso allí se peca,
con ellos de Ceca en Meca
y al fin entrar en Medina.

SEGISMUNDA

En "La vida es sueño", creo
que un verbo raro ha de hallarse:
segismundear, que al Príncipe
aplica Clarín aparte.
Este verbo, Segismunda,
en tanto extremo me place,
que si conjugarlo quieres
tú conmigo, y no lo sabes,
te lo he de enseñar de modo
que al acabar de enseñarte
dirán lo que el Evangelio:
el verbo se ha hecho carne.

JUDIT

Eres casada, y te enfada
mi amor y te desagrada,
y dices que me has de dar
calabazas por probar
que eres muy buena casada.
Calabaza ya hallarás,
pues tu habilidad no olvido.
Tu nombre recordarás
y al dormirse, cortarás
la cabeza a tu marido.

Concordia

Tengo un amigo casado
que ya a su mujer olvida
y pasa toda su vida
de una tal Concordia al lado.
De su mujer separado
algunos lo juzgan ver,
mas sé que no puede haber
en los casados discordia,
pues me consta que hay *Concordia*
entre marido y mujer.

Plácida

Llega plácida tarde, y a su cita
voy con ansia infinita,
pero es inútil que a mi amor aguarde;
siempre a sus citas, y esto a mí me irrita,
llega Plácida tarde.

Leopoldina

A un militar pregunté:
— saber mi mente no atina
el porqué tu leopoldina (1)
tan estrujada se ve. —

(1) Prenda del antiguo uniforme militar español, así llamada por haberla introducido el capitán general don Leopoldo O'Donnell. Era un ros más bajo que el ordinario y sin orejeras.

Y él dijo con ronca voz:
— Mil gracias por tu cuidado;
es porque estoy constipado
de una manera feroz.
El aire del Guadarrama
me ha metido en tal aprieto,
y para sudar me meto
con Leopoldina en cama.

Amanda

Cansado está París ya
de oír cantar a mil voces,
desafinadas y atroces,
el *c'est l'amant d'Amanda.*
Pronunciando así este nombre,
más que nombre de mujer
parece que debe ser
aplicable sólo al hombre.
Porque nadie ignorará
que, sin que nunca lo olvide,
la mujer, si la aman, pide,
y el hombre, si le *aman, da.*

Verónica

¿Por qué con risa sardónica
son pocos los que te alaben?
Porque ven que muchos saben
capear a la Verónica.

PETRONILA

Permíteme, Petronila,
pues por tu nombre recuerdo
del gran escritor Petronio
un filosófico cuento,
que yo el cuento aquí te explique.
Permíteme y leerás, espero
lo que él dice en buena prosa,
arreglado en malos versos.

*

Érase, pues, que se era
una casada, allá en Éfeso,
célebre por sus virtudes
entre propios y extranjeros.
Las madres siempre a sus hijas
la citaban como ejemplo;
los hombres envidiaban
aquella esposa modelo.
Un día — día más triste
no alumbrará nunca Febo —
al regresar a su casa
se encontró el marido muerto.
El dolor de aquella viuda
fué profundo, horrible, inmenso;
llorando desesperada,
fué a acompañar el entierro,

y luego todas las noches
iba triste al cementerio:
de la cripta de su esposo
interrumpía el silencio,
al entrar desconsolada,
con sus ayes lastimeros,
y con lágrimas bañaba
el inanimado cuerpo
de aquel a quien amó vivo
y no supo olvidar muerto.

*

De la muerte del esposo
no hacía aún mucho tiempo,
cuando allí en Éfeso mismo,
ahorcaron a seis reos,
quedando enhiestas las horcas
enfrente del Cementerio.
Temerosa la justicia
de que robasen los cuerpos
de los reos por las noches,
puso, junto a los maderos,
una guardia que mandaba
un oficial extranjero.
Éste, al ser la noche entrada,
despidió a sus compañeros
al ver que al montar la guardia
temblando estaban de miedo,
y se quedó desde entonces
solo, guardando los muertos.

*

El silencio era profundo,
estrellado estaba el cielo;
los cuerpos de los ahorcados
se mecían con el viento.
el oficial paseaba
reflexionando en silencio;
de repente vió una sombra
caminar con paso lento
y acercarse allí llorando
y entrar en el Cementerio.
Una mujer parecía
a través del denso velo.
El oficial, subyugado
por el amor al misterio,
siguió a la sombra, perdióla
tras las tumbas, mas vió abierto
un panteón del que salían
tristes ayes y lamentos.
Acercóse allí y ver pudo
a una mujer, a un portento
de gracias y de hermosura,
que lloraba junto a un muerto.
Dos horas así pasaron,
él mirándola en silencio,
hasta que al fin se encontraron
las miradas del mancebo
con las de la inconsolable
y fiel matrona de Efeso.
Dió ésta un grito y desmayóse,
y al volver en sí vió puesto
de rodillas a sus plantas,
jurándole amor eterno,

al oficial de la guardia.
Ella desoyó sus ruegos
y, rápida y desolada,
se alejó del cementerio.

*

La misma idéntica escena
se repitió con exceso;
y al fin, tras tanta constancia,
del amor al tierno fuego,
de la virtuosa matrona
ablandóse el duro pecho.
(Si brillaba o no, la luna,
esto no lo dice el cuento;
yo afirmo que estaba en cuarto
proyectando entre luceros
las dos afiladas puntas
de unos funerarios cuernos.)
Aquella noche salió
antes él, de placer ciego,
y al llegar ante las horcas
y dar las gracias al cielo,
vió con inmensa sorpresa,
y a los dioses maldiciendo,
que faltaba en una horca
el cadáver de su reo.
Desesperado, su nombre
de deshonra al ver cubierto,
fuése a encontrar a la viuda
que estaba en el mausoleo,
y allí le expuso llorando
su irrevocable deseo
de suicidarse y dejar

limpia su fama a lo menos.
Llorando buscó la bella
a sus males un remedio,
y al fin se le ocurrió uno
extraño y raro en extremo:
— ¿No lo aciertas, Petronila?
Petronio acaba así el cuento:
el cuerpo de su marido,
rígido cadáver yerto,
por los pies ella, y él por
la cabeza, condujeron
a la horca y reemplazaron
con él el robado cuerpo.
Luego la viuda, apoyada
en el brazo del mancebo
y sin volver la cabeza,
temblando de amor y miedo,
se fué de allí y muy en breve
entraban ambos en Éfeso.
En tanto, en extraño baile
de los ahorcados los cuerpos
se agitaban y el del triste
esposo confiaba al viento
sus quejas, mas nadie oía
sus inútiles lamentos.

TRES FRAGMENTOS

a)

El doctor que por mi suerte
pone remedio a mis males,
me explicó ayer las señales
para conocer la muerte.
Y en verdad que me dió horror,
pensando, mi ex bien, en ti,
lo que claramente oí
de los labios del doctor.
¡Oh dolor! Pero ello es cierto
y es forzoso que lo diga:
¡Oh! tú que fuiste mi amiga,
has de saber que te has muerto.
¿Qué respondes? ¿que ayer mismo
admiré tu lindo talle,
pues pasaste por mi calle?
¡Efectos del galvanismo!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Además, por conclusión,
del cadáver, en verdad,
tienes la misma frialdad
y la misma corrupción.

b)

De una traducción, comenzada, de "Le pape", de Víctor Hugo

Los reyes. — ¡Salud, Papa! No te asombres
al mirar aquí presentes
a tantos omnipotentes
reyes. ¡Salud!
El Papa. — ¡Salud, hombres!
Los reyes. — ¡Advierte que somos reyes,
Sacerdote!
El Papa. — ¿Por qué?
Los reyes. — Advierte
que es eterno nuestro fuerte
poder!
El Papa. — ¿Y Dios? ¿y sus leyes?
Los reyes. — ¿No sabes lo que es el mundo?
¿Por qué nos hablas con saña?
¡Siempre es alta la montaña!
¡Siempre el abismo es profundo!
El Papa. — Desde la infinita altura
do mora Dios, ni aun yo mismo
distingo monte ni abismo.
¡Desde allí todo es llanura!
Los reyes. — Somos en fama inmortales...
El Papa. Vivís en la sombra hundidos.
Los reyes. — De Dios somos elegidos.
El Papa. Él hizo a todos iguales.
Los reyes. — Es cada rey alto monte
y juntos, la cordillera
formamos que Dios hiciera
para servir de horizonte...
. . . . . .

c)

DE LA REVISTA RETROSPECTIVA CÓMICO-LÍRICA-BAILABLE EN CINCO MINUTOS DE VERSO, TITULADA "EL TESTAMENTO DEL AÑO 1871", ESTRENADA, CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO DE REUS (9 MARZO 1872)

ESCENA V

El año 1872 y un fondista

72. — ¿Quién eres?
Fondista. — Un caballero. *(Señalando una cruz que lleva puesta.)*
Me la dieron por artista.
En Madrid vivo altanero;
preciso me considero...
72. — ¿Preciso?
Fondista. — Sí; soy fondista.
Hoy que todo el mundo entiende
la cuestión que está más honda
¿a qué pretensión se atiende,
qué cosa grande se emprende
que no empiece en una fonda?
¿Que se ha roto alguna unión?
Á la fonda, de rondón;
se da una cena y en ella
del fondo de una botella
sale la conciliación.
¿Vino el arreglo? un almuerzo
que celebre la venida.
¿Que lo rompe algún mastuerzo?
pues se prepara otro esfuerzo
preparando otra comida.
Quien un buen manjar barrunta,

la mejor ciencia en sí junta,
pues nunca por sabio tomo
a aquel que "¿cómo?" pregunta,
sino al que responde: "como".
La prensa es poder muy hondo;
mas se prefiere (y respondo
de que en contra se responda),
a un artículo de fondo
un artículo de fonda.
¡Cuántos, hablando sin ripios,
nuestra nación admiró,
que en la política no
han tenido otros principios
que los que les sirvo yo!

. . . . . .

72. *Maestro de escuela.*

— ¿Quién eres?
— He olido un fondista
y me atrevo a aparecer:
mi boca quiere comer
y hoy sólo come mi vista.
En mi ardiente frenesí
diera el sol por un fiambre;
en vez de apagar el hambre,
el hambre me apaga a mí.
Duélase de mi infortunio,
esperanza en mi alma siembre;
mi cuerpo vive en diciembre,
y mi paga aun está en junio;
tenga de mí compasión,
perdí lo que tuve de hombre,
y hoy sólo me queda el nombre;
me convierto en abstracción.
De mí una traza perfecta
traza cualquier niño en suma,

si coge una regla, una pluma,
y tira una línea recta.
La ortografía que sé,
parece cosa de broma,
pues si alguien me dicta: *coma*,
yo respondo: *¡no hay de qué!*

. . . . . .

. . . . . .

Madrid. — Yo allí vivo bien: en coche
voy, y de ello no hago alarde,
paso en los cafés la tarde
y entre los Bufos la noche.
No creo en Dios ni en Belcebú,
la moral me desagrada,
no pienso en nadie, ni en nada,
me divierto, y... *voilà tout.*

72. — ¿Y la amistad pura? ¿Y el
puro amor?

Madrid. — ¡Oh! no; te juro
que por no hallar nada puro,
hasta fumo de papel.

. . . . . .

. . . . . .

España. — ¡Madrid!

Madrid. — ¡España querida!
¿Tú por aquí?

España. — De ti en pos.

Madrid. — Me quieres ¿eh?

España. — Sí ¡por Dios!
¡Te quiero... más que a mi vida!

Madrid. — Pues mira, amor tan profundo
sólo a desvío lo tomo.
Pero dime, España ¿cómo
vas tan sola por el mundo?

España. — Ya ves. ¡Hasta la memoria
de mi pasado me aterra!
¡Yo, la nación que de guerra
en guerra uncía la gloria
a mi carro de victoria;
que ante el orbe entero, mudo,
que nunca vencerme pudo,
tremolaba mi bandera
sobre dos mundos, más fiera
que los leones de mi escudo!
¡La que constante vencía
de guerra en los exterminios
y en mis extensos dominios
el sol nunca se ponía:
Francia rindióse en Pavía,
Cisneros conquistó a Orán,
Flandes humilló su afán,
Italia, libre y feliz,
dobló su altiva cerviz
al pie del Gran Capitán!
¡Hoy, todo perdido, todo!...
no hay mal que de mí se aparte,
y el león de mi estandarte
se revuelca por el lodo!
¡De salvarme no hay ya modo;
mi escudo que odio te inspira,
amarillo y rojo mira,
y ya a comprender comienza
que está rojo de vergüenza
y está amarillo de ira!

. . . . . .
. . . . . .

DE HORACIO

(Lib. III, oda IX) (1)

Cuando tu pecho me amaba
y (cual yo nadie) de amor ansioso
tu blanco cuello estrechaba,
que el rey de Persia fuí más dichoso.

Cuando tu pecho me amaba
y a Cloe bella me prefería,
la fama me comparaba
con la dichosa romana Ilía.

Hoy en Cloe hallo mi encanto,
la que la cítara pulsa ligera,
y la adoro tanto, tanto,
que por su vida mi vida diera.

Hoy a Calais, bello griego,
ni un solo instante mi mente olvida,
y por él, que me ama ciego,
cien vidas diera, que no una vida.

(1) Sólo cotejando esta traducción con el original se comprenden las dificultades con que hubo de luchar el autor de la misma y el mérito que contrajo con vencer una parte de ellas. *(N. de la edición Sardá, 1881.)*

Mas ¿si el yugo de Cupido
nuestras dos almas de nuevo uniera?
¿si a Cloe diese al olvido
y a la ofendida Lidia volviera?

Aunque él es más hechicero
que el sol, y el Adria cual tú no es fuerte,
a tu lado yo prefiero
pasar la vida y hallar la muerte.

IMPROVISACIONES

LEÍDAS EN LA VELADA LITERARIA, DADA POR LOS SEÑORES DE BREMÓN, EN OBSEQUIO A LA DISTINGUIDA ESCRITORA DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS

ELECTRICIDAD

A FERNANDA LLANOS DE BREMÓN

Al ver que es una verdad
que, gracias a un buen doctor,
mitiga ya tu dolor
la activa electricidad,
reconozco la excelencia
del doctor y aquí le alabo.
Libre era el rayo: hoy esclavo
es tan sólo de la ciencia.
La ciencia siempre intranquila
en su busca al cielo sube;
coge el rayo en una nube
y lo encierra en una pila;
y hoy el rayo, esclavo, lidia
para dar fuerzas dobladas
a la que con sus miradas
tantas veces le dió envidia.

A Pilar Sinués

La señora de Sinués
sabe ya mejor que yo
qué es la pila, y hasta lo
que la electricidad es.
Hay dos polos: negativo
el uno, da una corriente
en un todo diferente
de la que da el positivo.
(No cuento el polo andaluz
entre un polo y otro polo.)
De esta lucha nace sólo
el esplendor de la luz.
Y al ver en la ilustre autora
de tanta y tanta novela
con las que su nombre vuela
y más en fama atesora;
al ver en la de Sinués
un estilista, portento
de habilidad y talento,
y al mirarme yo al revés
y verme tan diferente,
creo, y por mi parte sé
que ha de establecerse, a fe,
de la amistad la corriente.

A las damas de la reunión

Al ver en este salón
las eléctricas miradas
de las bellas invitadas,
un polo es mi corazón;

pero decírselo esquivo,
pues temo, porque lo arguyo,
que el polo corazón suyo
sea un polo negativo.

A TODOS LOS CONCURRENTES

Si al rayo debo el placer
de ver a Fernanda buena
y al rayo la dicha plena
de la amistad por doquier;
cuando el cielo, oscuro y fiero,
lance un rayo entre las aguas,
en vez de abrir el paraguas
me le quitaré el sombrero.

EL TIMOR DEI [1]

Cuatro palabras

En el otoño del próximo pasado año de gracia húbeme de encontrar en la capital del orbe católico con un mi amigo compatriota, residente allí desde hace cerca de seis años.

Conociendo mi afición a los estudios bibliográficos, hízome trabar relaciones con el modesto cuanto erudito cav. Quinto Abarraja Marini, encargado a la sazón de poner en orden y catalogar los innumerables documentos que guarda el archivo del marqués de Castro Vecchio, quien agradablemente me sorprendió con la noticia de que en un antiguo códice que contenía poesías latinas iba incluída una que él creía castellana.

(1) Según se afirma en la edición de 1881 (Joaquín María Bartrina, *Obras en prosa y en verso)*, pág. 340, nota; la poesía de este título la escribió Bartrina cuatro o cinco años antes de su muerte y la guardaba en cartera con el propósito de publicarla en una edición de las llamadas de bibliófilo y hacerla pasar, para escarmiento de eruditos a la violeta, como un descubrimiento literario muy importante. La edición había de parecer hecha en París, y la portada diría: "Una poesía española inédita del siglo XIV. Publicada ahora por primera vez por don N. A. A. de la Academia de los Arcades." Las "cuatro palabras" que habían de preceder a la poesía (y que hemos respetado en esta edición) explicaban, como verá el lector, el origen y forma del supuesto hallazgo.

Con ansia natural pasé a reconocer el códice, de pergamino en 4.°, con 246 hojas útiles, cuya letra me pareció de fines del siglo XIV. Guárdase encuadernado en tabla forrada de becerro negro, con algunos sencillos relieves. Conserva aún una manecilla de las dos que habría para cerrarle.

En dicho códice, en efecto, y a mitad de la hoja 45, empieza una poesía, aunque escrita como en prosa, en lenguaje castellano del siglo XIV, pudiéndose leer corrientemente por estar el códice conservado de una manera excepcional, sin tener más que unas palabras retocadas en esta poesía.

Desgraciadamente es la única castellana que existe en el códice, e ignoro si antes que por mí ha sido examinada por algún bibliógrafo español.

El marqués de Castro Vecchio tuvo la hidalga caballerosidad de franquearme el archivo y permitióme copiar la poesía, como lo hice; hoy la publico ignorando aún quién sea su autor, con el fin de que si algún ejemplar impreso llega a manos de quien posea mayor noticia sobre el particular, pueda hacerla pública para suministrar aun más luz a los que dedican sus tareas al estudio de nuestros orígenes literarios y filológicos.

N. A. A.

París, marzo de 1875.

AQUI DISE DEL MIRACLO DEL TIMOR DEI

Sennores e amigos por Dios e caridat
Oid un miraclo fermoso por verdat,
Que cumtió a un monge, e que Ugo abat
Methiolo en scripto, fizo gran onestat.

En Colonna la rica cabeça de regnado
Avie un monesterio de Sant Peidro clamado,
Avie en el un monge, asaz mal ordenado,
De lo que diz la regla avie poco cuidado.

Era de poco seso, façie mucha locura
Porque lo castigaban non auie nulla cura,
Cuntiol en el convento una grant desaventura
Parió una bagassa dél una creatura.

Mas de todo por los monges era perdonado
Porque sabie adereszar un manjar sennalado,
Las bermeias langostas de Sant Ander pescado,
Que placie a los monges e al abat en mas grado.

Un dia, a no dubdar el diablo fue su amigo
En la cosina a los monges dis: a vusco digo
Que lo del timor dei io non lo preçio un figo
Que lo del timor dei io non lo preçio un figo.

Los monges al oirlo le dicien: baia, baia,
E uno disso: magüer laçerio traya,
Cuento XX lobos sobre él quiscuno caya
E otro fué al abat a desirle la baraia.

Ixió el buen abat fuera del oratorio
Mandó a muchos monges venir al parlatorio
Dixo: veyo, amigos, que traedes mormorio

Por amor del Don Júpiter de nuestro refitorio.
Lo dissieron al abat e fue movido a sanna
Diçie: aunque de monge oí atal hazanna
Disso: diçit al fijo de la mala putanna
Que venga a mi o al bispo non lo pare por manna.
Truxieronli el monge, e al veerle enfurescido
Dissoli: don fol torpe e enloquido,
En que roídos andas, en que eres caído?
Probar he lo que he dicho, repuso el atrevido.
Que el timor dei non vale una podrida manzana,
E que el temor de Xpo es cosa folla e vana.
Esto me ofresco probar cras a la mannana
E su permission dioli labat de buena gana.
Ixieron del parlatorio a sus cellas riendo
Fueron unos con otros su conseia façiendo
Diz el uno: qué fara confieso non lo entiendo,
Diz el otro: las langostas plasçen al abat Mendo.
Aprés de los aluores, otro dia mannana,
Se juntaron los monges de resirse con gana
E ixió el monge con la su faz ufana,
E con dos duennas, una moça e otra anciana.
Cogió la duenna anciana, bellosa, pescoçuda,
Ojos fondos, bermeios; naris luenga; orejuda
El su olor de su aliento aytal cuemo la ruda;
Metióla en una cella de un monie con aiuda.
Aprés cogió un monie, vieio, fraco, zenico,
El su pescueso negro, ancho, velloso, chico
Las oreias maiores que de annal burrico
Las narises muy gordas, luengas de zarapico
E fuélo con la anciana en la cella a cerrar
E disso al vieio: un conseio te quiero aquí donar:
Mándoti de contino esti salmo reçitar
Beati inmaculati bien bueno de rezar.
E disso a amos: si fiçiesseis fornicio

Temed que Xpo no os quiera a su serviçio,
Que el timor del vos guarde del suçio e feo viçio,
Ca sereis biscochos si non teneis judiçio.
E cerró a amos, e fué e coxió la moça,
De talla muy apuesta, et de gesto amorosa,
Ancheta de caderas, ojos grandes, donosa,
Falaguera et donable de amor en toda cosa.
Los labrios de la boca bermeios de ciruela
Buena çinta de lana vestie e buena tela,
El abat se ridie e al ver a la moçuela
Oteóla de unos oios que paresçian candela.
E coxió aprés un monge muy joven si non ierro
Bien apuesto, los oios lusientes de beserro
E a él e a la moça a amos puso en encierro,
E entró con el abat antes de echar el fierro.
E disso a la oreia de la moça con plaçer:
Si el monge te quiere algun festejo fazer,
Non consientas, que su mal te podrá traer
E físico nin melecina non ti podrán valer
Oraçion nin ieiunio non ti valrán nada,
Nin encantos, nin menges, nin çirio, nin oblada,
Por ninguna manera non trovarán entrada,
Nunqua abrán visto omes cosa tan entecada.
E del monge a la oreia, luego diss: amigo,
Aquesta moça tiene una laga so el ombligo,
E hay en su natura un gran mal nemigo
Que faze caer los miembros del forniçio te digo.
E cerraron la puerta, e salió con el abat
E los demás monies ouieron curiositat
E una ora aprés les dixo: agora con migo entrat
E vereis que yo convusco diçie la verdat.
Abrió la cella del monie e de la vieia del timor
E amos avien miedo, perdida la color,
Nunqua se vieran los mesquinos con tan mala sudor,

Más amaron al fornicio que non al Creador.
Fueron a la otra cella que los moços encierra,
E vieron que él rezaba, sus hinoios en tierra,
E qu ella estaba enfriada más que nief de la sierra,
E disso el monge alegre: lo que dessí non yerra.
El timor dei non vale un pepion vos digo,
Non vale una arueja, ne una nues, ne un figo,
El timor morti es de la onestat abrigo,
Ya lo podeis ver abat, si sodes mi amigo.
Cuemo dis la paraula que suelen retraer
Que mas puede un malo en coçeio cofonder
Que non pueden X buenos assintar nin poner,
Ouiera por poco ally assí conteçer,
Mas al blasfemador, Dios firió ally irado
De muerte sopitanna, murió descomulgado,
En soga de diablos fué luego cativado
E al ondo infierno fué dessende arrastrado.
Levaron los diablos su ánima en preson,
Assi diz su pitafio, e lestoria e liccion
Non aya nadi dubda entre su corazón,
Nin diga esta cosa podria ser o non.
Don Xpo nuestro Sennor alcalde derechero
Al que non se encubre bodega nin çellero,
Amuéstrenos camino del çielo derechero,
E a mi, magüer cuitado, me faga allí casero.
Amen.
El que houiere seso, responda Amen.

NOTA. — He seguido escrupulosamente la ortografía del códice, respetando hasta las que creo faltas que cometiera el copista.

ALGO

"DE OMNI RE SCIBILI"

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
ya no son, para mí,
lo que llama misterios sobrehumanos
el vulgo baladí.

Sólo la ciencia a mi ansiedad responde,
y por la ciencia sé
que no existe ese dios que siempre esconde
el último porqué.

Sé que soy un mamífero bimano
(que no es poco saber)
y sé lo que es el átomo, ese arcano
del ser y del no ser.

Sé que el rubor que enciende las facciones
es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del saco lacrimal;

que la virtud que al bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción;

que el genio no es de Dios sagrado emblema,
no, señores, no tal:
el genio es un producto del sistema
nervioso cerebral,

y sus creaciones de sin par belleza
sólo están en razón
del fósforo que encierra la cabeza,
¡no de la inspiración!

Amor, misterio, bien indefinido,
sentimiento, placer...
¡palabrotas vacías de sentido
y sin razón de ser!...

Gozar es tener siempre electrizada
la médula espinal,
y en sí el placer es nada o casi nada,
un óxido, una sal.

¡Y aun dirán de la ciencia que es prosaica!
¿Hay nada, ¡vive Dios!
bello como la fórmula algebraica
$C = \pi r 2$?

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
ya no son, para mí,
lo que llama misterios sobrehumanos
el vulgo baladí...

Mas ¡ay! que cuando exclamo, satisfecho:
¡todo, todo lo sé!...
siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho
un algo... un no sé qué...

INDIGESTIÓN

Empezó a tener hambre mi cabeza,
y se zampó mi virginal pureza;
tuvo más hambre, y, sin pedir permiso,
después de mi inocencia,
tragóse, hasta la hartura,
mis dulces ilusiones,
mis sueños de ventura,
de mi fe las risueñas creaciones,
mis bellas esperanzas...;
tuvo más hambre... ¡aun más!... En conclusión
llegó hasta devorar mi corazón.
Aquí una reflexión:
(tal vez voy a decir una simpleza)
¿verdad que mi cabeza
por fuerza ha de morir de indigestión?

FABULITA

Juan tenía un diamante de valía,
y, por querer saber lo que tenía,
la química estudió, y ebrio, anhelante,
analizó el diamante.
Mas ¡oh, qué horror!... Aquella joya bella,
lágrima, al parecer, de alguna estrella,
halló, con rabia y con profundo encono,
que era sólo un poquito de carbono...

Si quieres ser feliz, como me dices,
no analices, muchacho, no analices...

A MI BELDAD

Sé que a tus ojos, bien mío,
no soy lo que tú a mis ojos;
sé que mi amor, si no enojos,
al menos te causa hastío.

Sé que aunque yo amor te rindo
con el pecho lacerado,
siempre que estás a mi lado
te fastidias de lo lindo.

Y pues sé tanto y aun más
que no puedes figurarte,
y pues sé, por otra parte,
que tú nunca me amarás;

no te pido tu querer,
ni quiero que amor me implores:
yo no quiero que me adores,
sino que me lo hagas ver.

Cuando a una cita responda,
para no armarte quimera
toseré por la escalera,
y si hay alguien, que se esconda.

Tú mitigarás mi hastío
contándome tus recelos,
o bien fingiéndome celos,
o llamándome *¡ángel mío!*

Y en cambio serás *¡mi gloria!*
y aplacaré tu rigor
con juramentos de amor
aprendidos de memoria.

Y aunque el fuego nos alumbre
del amor sólo un invierno,
le llamaremos *eterno,*
según es uso y costumbre.

1872

ANIVERSARIO

I

Abrazada con su madre
contemplaba, triste, Andrea
el entierro de su padre,
y alguien murmuró: — ¡Qué fea!... —
Subióle al rostro el rubor,
arrugóse su entrecejo,
y, olvidando su dolor,
corrió a mirarse al espejo.

II

Un año después llorando,
y que su luto acababa
alegre considerando,
la madre a la hija así hablaba!...
— ¡Hoy se cumple un año, Andrea!...
— ¿Hoy?... ¡No recuerdo!... ¡Es extraño!...
¡Ah! sí, sí... (¡Hoy hace un año
que un hombre me llamó fea!)

LIBERTAD

¡Viva la libertad! (VARIOS)

Se casan dos, con profundo
amor o por compromiso,
y, sin pedirnos permiso,
nos envían a este mundo.
¿Nacemos por voluntad?
No, pues aun no la tenemos,
y sin embargo nacemos...
y... ¡viva la libertad!...

Al niño esclavizan ya
(¡oh bienhechor hado nuestro!)
la nodriza y el maestro,
y su papá y su mamá.
Crecemos y, con la edad,
su poder no respetamos
y libres nos declaramos,
y... ¡viva la libertad!...

Mientras libres creemos ser
nuestra voluntad detiene
el reloj, que nos previene
lo que debemos hacer,
o atajan la voluntad
los caprichos de una amada,
o la palabra empeñada,
y... ¡viva la libertad!...

Tanto al necio como al cuerdo
la esclavitud les alcanza:
al joven con la esperanza,
al viejo con el recuerdo.
Llega ya la última edad,
y, por más que no queramos,
es preciso que muramos,
y... ¡viva la libertad!...

De la cuna al ataúd,
si libres logramos ser
es sólo para escoger
la clase de esclavitud.
Ven ¡oh libre humanidad
que vives sólo entre penas!
y al rumor de tus cadenas
aclama tu libertad.

EPÍSTOLA

Fabio, consejos me pides
que sirvan para guiarte
en las mundanales lides,
y consejos voy a darte;
¡ojalá no los olvides!...

¿Será así? No. ¡Quién ignora
la gran verdad que atesora
el verso, que tanto envidio,
aquel de *Video meliora*
sed... etcétera, de Ovidio!... (1).

Aunque olvides los demás,
sigue siempre este consejo:
no quieras a nadie más
que aquel que dentro verás
cuando mires a un espejo.

Sé bondadoso, sé humano,
sé, sobre todo, sencillo,
y lleva, cual todos, llano
el corazón en la mano...
y la mano en el bolsillo.

(1) El texto latino dice (Metamorph, VII, v. 20-21): ... *video meliora proboque, deteriora sequor.* (Veo lo que es mejor y lo apruebo, y a pesar de esto, hago lo que es peor.) La partícula *sed* (que no la escribió Ovidio), sirve para completar el octosílabo. *(N. del editor.)*

Cree en Dios y en la mujer.
¡Es tan cómodo el creer!
Aquel que se arroja al mar,
si fe no alcanza a tener
nunca aprenderá a nadar.

No sea libre tu opinión;
ponla antes, si bien la tratas,
hoy bajo la advocación
de San Éxito, patrón
de las personas sensatas.

Quien más grita que es sagrada,
santa, la vida privada,
es fácil tenga esa vida,
imparcialmente juzgada,
más que privada, prohibida.

Eso es cierto, pero tú
no te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
como dijo el otro, y ve
de enviarlos a Belcebú.

Si no lo hicieres, tu error
hará que algún mal te alcance,
pues siempre anhela, en tal trance
tener un lance de honor
quien tiene un honor... de lance.

Si fuese tu consejera
la pobreza con que lidio,
no la creas si dijera:
"Sé honrado de tal manera
que no vayas a presidio."

"Has de estudiar la moral
en el código penal."
"Ten por axioma profundo
que el mal, hoy por hoy, no es mal
hasta que lo sabe el mundo..."

Tu propio ser estudiar
te recomiendo, y no en vano;
estúdiate a ti y llegar
podrás pronto a despreciar
a todo el género humano.

Emplea la adulación,
pero nunca a manos llenas;
un simple ¡oh! de admiración
basta a embriagar seis docenas
de reyes de la creación.

En fin: haz por ser virtuoso
de una manera agradable;
no quieras hacer el oso;
sé con todos bondadoso
y aprende a tirar el sable.

MIS CUATRO MUERTES

La amaba como se ama cuando se ama.
De mi pasión la llama
encendió con el fuego de sus ojos,
y amor eterno la juré de hinojos.
Era feliz (¡oh! ¡quién decir pudiera
siempre *soy*, nunca *era!*).
La amaba, ella también. Yo, pobre loco,
fuí fiel, ella... tampoco.
Mi llanto apagó el fuego de la fragua
que ardía en mí, y mi pecho disolvióse
como un terrón de azúcar en el agua.
Su amor era mi vida;
quedó, al perderse aquél, ésta perdida,
y me morí.

Resucité, y, hastiado,
quedé al resucitar transfigurado.
No era el *yo* del siguiente
el *yo* del día antes,
cosa que, tras un trueno, es consiguiente
suceda a casi todos los amantes.
Desengañado del amor, mi anhelo
en la amistad buscó dulce consuelo
y mi vida partí con fe sincera;
no (digo mal: partí), se la di entera

a un amigo — que lo era me creía... —
Pero un día llegó, ¡terrible día!
le tuve de pesar en la balanza
del interés, y aquel amigo mío
a quien quería yo con tanto exceso
cedió a una onza (1) de peso.
Al sufrir desengaño tan horrible,
sentí pena indecible
y me morí otra vez.

Volví a la vida.
Mi mente fué atraída
por esa meretriz que llaman gloria,
y la seguí; confiado en la victoria,
por ella batallé; la mente mía
un día y otro día
luchó con frenesí... Mi loco anhelo
un desengaño halló, que no un consuelo,
y vi a aquella que virgen yo creía
prostituirse vilmente a la Osadía.
Sentí que un dardo agudo
me atravesó. Sufrí dolor de muerte,
y me volví a morir.

Mi extraña suerte
quiso que nueva vida recobrase
y a la ciencia con fe la consagrase.
Midió mi inteligencia,

(1) 16 duros.

la inmensidad del cielo de la ciencia,
y allí me hizo encontrar mi suerte ruda
tras de un *porqué* la duda.
Y en mi espíritu entró, y con vil aliento
emponzoñó del alma el sentimiento
más puro, más divino;
el único que pudo mi destino
salvar de mis tres muertes anteriores.
¡Sí, me volví a morir!

Muerto me creo,
aunque ¡quién sabe si vendrá un deseo
a despertar mi alma mal dormida
ofreciéndola dichas sin medida!

Es fuerza, así lo veo,
morirse muchas veces en la vida.

"¡ECCE HOMO!"

Hace ya veinticuatro años
que vivo solo conmigo
y hace cuatro que deseo
divorciarme de mí mismo.

Todo cuanto me rodea
me causa profundo hastío,
y si entro en mí, me da espanto
y me da horror lo que miro...

Mi cabeza es vasto caos
caliginoso y sombrío
del que nunca saldrá un mundo,
y es mi corazón un circo
en que luchan como fieras
mis virtudes y mis vicios.
Sin una estrella en mi cielo,
en negra noche camino;
busco flores y hallo abrojos,
celeste aroma percibo,
corro a él, y, al correr, ciego,
mis pies hallan el vacío;
imposible es detenerme,

caigo rodando a un abismo,
logro agarrarme a una rosa...
¡y se desprende conmigo!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Hoy ni amar ni sentir puedo...
¡Oh! cuando pienso que he sido
feliz..., que podría serlo...

Un día, día maldito,
una ansia de saber loca,
hizo probar a mi espíritu
la, por vedada, incitante
fruta del árbol prohibido
del bien y del mal... ¡La ciencia
me arrojó del paraíso!

Cruel ella, en microscopios
mis ojos ha convertido;
la que otros ven agua pura
llena de infusorios miro,
y donde hallan amor ellos
sólo descubro egoísmo.

Hay quien de noche, en el bosque,
se encanta ante el puro brillo
de una luz que entre las hojas
del césped se abre camino;
yo no, no puedo encantarme

y a aquella luz me aproximo,
hasta encontrar el gusano...
¡y hago en el mundo lo mismo!

Y si me causa la vida
aburrimiento y fastidio,
sólo al pensar en la muerte
me vienen escalofríos.
Mal si vivo, y peor si muero,
ved si estaré divertido...

Si los seres de la tierra
viven todos cual yo vivo,
¡como hay Dios (si lo hay) no entiendo
para qué habremos nacido!...

¡Maldita sea mi suerte
y el día sea maldito
en que me enviaron al mundo
sin consultarlo conmigo!...

"DELIRIUM"

Al través del ramaje el sol poniente
veíase brillar, tal como brilla
de una española la mirada ardiente
tras el bordado tul de la mantilla.

Tendíme sobre el césped, y liada
mi manta coloqué sobre una piedra
convirtiéndola en rústica almohada
al pie de un tronco preso entre la hiedra.

Y allí miré, del cielo en los profundos
espacios encenderse las estrellas
que desde que me han dicho que son mundos
como este mundo, ya no encuentro bellas.

Del cáliz de una flor que se entreabría
como si bostezando despertara,
vi de pronto, asombrado, que salía
un ser de forma peregrina y rara.

Ceñía por corona una sortija,
y un alfiler servíale de espada,
y su boca en un cuerno estaba fija
que era un fragmento de uña sonrosada.

Al sonido que el cuerno produjera
sobre sus labios diminutos rojos
se conmovió Naturaleza entera
y un nuevo aspecto revistió a mis ojos.

Y vi a un clavel borracho de rocío;
las flores a mirarlo se inclinaban
y al verlo en tan extraño desvarío
entre sí y al oído murmuraban.

Un ruiseñor estaba entretenido
cogiendo una luciérnaga, y a guisa
de farol la llevaba hacia su nido
para dar a sus hijos miedo y risa.

Un lagarto, arrastrándose suave,
iba jadeante y loco por el suelo
persiguiendo la sombra de una ave
que volaba tranquila por el cielo.

. . . . . .

Con terror junto a mí vi reposaba
un cráneo, entre otros lúgubres despojos,
que con fijeza extraña me miraba
por los huecos sombríos de los ojos,

Y una voz que del cráneo a mí venía,
helándome la sangre de las venas,
oí, muerto de espanto, que decía
con un sonido perceptible apenas:

"Nadie, nadie al morir se muere todo,
"aun persiste en el muerto la conciencia,
"de su ser, sin que pueda de algún modo
"revelar a los otros su existencia.

"Hija sólo del cerebro, nuestra alma
"vive mientras un átomo subsiste
"de su cuna, y en vano busca calma
"que ni el *no ser* es cierto para el triste.

"Y sufre sin que a nadie decir pueda
"su íntimo, su profundo sufrimiento,
"y ni el consuelo de esperar le queda
"en la muerte total del pensamiento.

"Do sus átomos van, allí les sigue,
"y es un tormento su existir eterno,
"que, por su inmenso horror, vencer consigue
"a todos los tormentos del infierno."

. . . . . .

Tiñóse Oriente del color de rosa,
encendida, fragante y hechicera,
que tienen las mejillas de la esposa
al tálamo al saltar por vez primera.

LA ÚLTIMA CUERDA

Cuatro cuerdas rompí de mi lira,
hiriéndola lleno
del afán de volar y alejarme
del mundo y su cieno,

cual el ave que quiere ser libre,
lanzando mil quejas,
hiere, ciega de cólera, el áureo
metal de sus rejas.

Amo y sufro; la cuerda que sólo
le resta a mi lira
de mi bien al oído no llega
por más que suspira.

A su arco ha de atarla Cupido,
la cuerda ya arranco...
mas tal vez al tenderla se rompa
sin dar en el blanco.

Si al extremo sutil de una caña
a atarla me atrevo
y mis sueños de amor y de gloria
coloco por cebo,

y a pescar voy la suerte en el mundo...
es fácil la pierda;
que es posible que un monstruo arrebate
el cebo y la cuerda.

¡Ah! ya sé... Si no alcanzo fortuna,
ni es mía la bella,
a mi cuello la cuerda yo anudo
y me ahorco con ella.

FÁBULA

Cruzando por los profundos
espacios iba un cometa,
y cuentan que rabiaba,
al ver la distancia inmensa
a que estaba de este mundo,
de que no le apercibiera
ni aun el más estudioso
astrónomo de la tierra.
— ¿Cómo lo haré — se decía —
para que todos me vean
y cuenten que soy, acaso,
un pronóstico de guerra,
de muerte de rey o papa,
de año de peste y miseria?
¿Cómo lo haré? — repetía
sin suspender su carrera.
De repente acertó el modo
de realizar su idea:
pasó por delante el sol
y una mancha dejó impresa,
móvil, del astro del día
en la esplendorosa esfera.

Al ver la mancha, el astrónomo
adivinó la existencia
del que fuera, a no manchar,
un ignorado cometa.

(Y el cometa, con su maña,
más que a servir a la ciencia,
aprovechó a la ignorancia,
que aprendió la estratagema.)

A UN AMIGO [1]

Amaro e noia
la vita, altro mai nulla, e fango é il mondo
LEOPARDI

Si eres mi amigo aún, mi queja atiende;
si el gusano egoísmo ha carcomido
nuestra amistad, que, cual roído tronco,
al apoyarse en él rómpese y cae,
no leas, no, ... mas si eres egoísta,
ya al hallar versos tirarás la carta.

Dudo, he aquí mi mal. Dudo, y no siento
para creer, ni voluntad ni fuerza;
todo es falso tal vez, nunca la íntima
esencia yo sabré de cuanto veo.
Puedo leer tus prodigios ¡oh infinito!
y analizar la luz de las estrellas
que en lontananza trémulas se pierden,
y analizar la luz de las miradas
y en el alma leer, es imposible.

(1) Escribí esta poesía en catalán. La traducción castellana que aquí publico, la debo a mi amigo Martí-Folguera.

Y ¿cómo no dudar, si hay solamente
en todo el mundo hipocresía y farsa?
Brillo y honor la falsa gloria crea,
cual con cartón dorado se fabrican
arneses y coronas, mas de lejos,
para el corto de vista, todo es oro.
El mérito se esconde en su modestia
y atrevida se eleva la ignorancia;
así en los mares lo ligero flota
y tan sólo en el fondo existen perlas.

¡Elevarse! ¡Subir!... Si faltan alas,
hay otro medio aún; a las alturas
no el águila tan sólo, también llega
el reptil ¡y es tan fácil arrastrarse!
Y quien está en la cima, si ambiciona
subir más todavía, tiene el medio
de rebajar cuanto a su entorno existe.

¡Y obran tantos así! mas ¿quién los culpa?
¡nadie; que aunque cobardes, miedo inspiran!

Otros aun hay, del ambicioso escala,
que de honradez por dondequier blasonan
y, débiles, son cómplices del crimen
viéndolo indiferentes: nunca enlazan
la causa y los efectos: no comprenden
jamás que el mal ajeno puede herirles.
Tranquilo ve el colono arder los bosques,
no se opone al incendio, lo aprovecha;
pero después los aguaceros vienen
y obstáculos no encuentran en el monte,
y al llano corre desbordada el agua,
y el campo inunda y al colono ahoga.

Con su indolencia apática los unos
y con malicia los demás permiten
que en este mundo la mentira reine.
Pero ¿y la juventud? Si el egoísmo
sólo es propio del viejo ¿por qué aquélla
no lo transforma todo en bien de todos?
¿qué hacen en tanta confusión y engaño
los que por su nobleza y su fortuna
deben a los demás dar el ejemplo?

Vistiendo la librea de la moda,
ridícula cual siempre en sus caprichos,
mirad a ese *gommeux*. De su cabeza
más cuida el peluquero que el maestro.
Amigo de toreros y danzantes,
protege siempre el arte, y se diría
que de un monstruo nació, no de una madre,
¡tanto infama y calumnia a las mujeres!
Entre visitas, juegos y teatros
para pensar no tiene ni un momento.
¡Este es el *homo sapiens* de Linneo!
Si todos cual él fuesen, hasta el día
del Final no tendríamos juicio.

Al ver tal farsa y tanta infamia ¿en dónde
¡oh verdad y virtud! puedo encontraros?
Me dicen que en el pueblo, y ¿qué es el pueblo?
¿Es la turba que ríe y alborota
en la plaza de toros, su academia?
¿Es la que he visto recorrer las calles
¡Viva la libertad! gritando alegre
y es la esclava tal vez de su ignorancia,
de sus pasiones luego, y de los ídolos
que un día eleva para hundir el otro?

Yo creo que hay virtudes, porque hay vicios,
mas no las sé encontrar donde las busco,
y es que huyó la virtud de las ciudades,
tan pequeñas para ella, acostumbrada
a vivir en el alma de los justos.
Y esto será. ¿Cómo es posible que ella
vea de la ciudad la eterna farsa
sin que desee abandonarla? Creo
ver siempre por las calles del Olimpo
los desterrados dioses. El dios Momo
ha arrojado a Talía del teatro;
quincalla al pormenor venden las Musas;
Venus ya no es modelo del artista,
pues ahora la belleza está en las Furias;
Vulcano pone alegres a las Parcas
fraguando siempre máquinas de guerra,
y Mercurio, en la Bolsa, que es su templo,
embobado contempla al buen Cupido
que, sin venda en los ojos, echa cuentas.

Y Cupido obra bien, porque los hombres
sólo en el interés ya se interesan,
y, del oro a excepción, los que oro guardan
en ellos mismos solamente creen,
que es creer, a fe mía, en poca cosa.

¿Y remedio no habrá? ¿Es, por ventura,
el progreso una rueda que nos vuelve,
después de recorrer siglos de gloria,
al estado salvaje, nuestro origen,
cual vuelve al mar la pobre gota de agua
que desde el mar se remontó en la nube?
El hombre que ha enlazado extraños pueblos
esclavizando al rayo ¿nunca, nunca

podrá salvar esta distancia inmensa
que entre cabeza y corazón existe?
Él, que torna el carbón en diamante,
¿no sabrá transformar el egoísmo
en amor, y engarzarlo en su corona?

¡Oh! ¡quisiéralo Dios! entonces fueran
hombres los hombres; las mujeres, ángeles.
Tal día no ha llegado; si una pura
idea o virtud tienen, la corrompe,
el creciente egoísmo, en sus efectos
parecido al incendio: ¡siempre el humo
mancha lo que la llama ha respetado!

¡Feliz tú! Feliz tú que en la campiña
vives, lejos del ruido, en santa calma,
y en las de invierno, para mí tan tristes,
eternas noches, del hogar en torno,
al calor y a la luz de los tizones,
mientras tu esposa al pequeñuelo mece
cantando dulces cantos, tú a los otros
santas plegarias con ternura enseñas,
y el aire, al penetrar por las rendijas,
los bucles de los niños agitando,
hasta ti lleva el resinoso aroma,
que aquí nunca percibo, del salvaje
pino copudo que en los montes crece.

¡OJALÁ!

De dichas el mundo lleno
estaría, al mal ajeno,
a ser de distinto modo
los humanos.

¡oh! si al revés fuese todo,
las mujeres amarían
y los hombres vivirían
como hermanos.

Si la fama, los honores,
la justicia y los loores;
si todo esto no se hallase
a ningún precio,

si el dinero no comprase
un ¡cuán sabio! un ¡yo te adoro!...
miraríamos el oro
con desprecio.

Si la virtud, la inocencia,
la rectitud de conciencia
y de amor la pasión pura,
fuesen males

y únicos males sin cura,
ya seríamos los seres
todos, hombres y mujeres,
inmortales.

Y aun mejor todo estuviera
que de alguna otra manera
si Dios lo hubiese dispuesto
de otro modo,

descansando el día sexto,
no teniendo afanes vanos
y no ensuciando sus manos
con el lodo.

REFLEJO

Siempre en todo su reflejo
fuerza es que el humano vea:
todo cuanto nos rodea
se nos convierte en espejo.

Dentro nosotros existe
la alegría o la tristeza
de que a la naturaleza
nuestro espíritu reviste.

La flor que hollada verás,
sin saber por qué razón
te inspirará compasión,
y si tienes callos, más.

Los favores del sol cantas
con el alma agradecida
y él ni sabe que dé vida
a fotógrafos y plantas.

(Porque el sol, aunque te asombre,
ignora completamente
que alumbre en la tierra a un ente
que se haga llamar el hombre.

¡Si ignora nuestra existencia
hasta el insecto que zumba
sobre la cuna o la tumba
con igual indiferencia!)

De nuestra esencia impregnamos
y damos nuestras pasiones
a todas las creaciones
que hacemos o que aceptamos.

Quien vive siempre entre pena
y remordimiento y dudas
no sabe ver más que a Judas
en el cuadro de la Cena.

Miro a Cristo, y siempre en sus
ojos mi frialdad he visto;
y era todo fuego el Cristo
de Teresa de Jesús.

En todo estamos nosotros
copiados con perfección:
el hombre y la mujer son
lo que piensan de los otros.

Juzga que le aman el joven,
piensa el malo que le dañan,
cree el falso que le engañan,
teme el ladrón que le roben.

Y siguiendo estos juicios
sé que en los demás adoro
mis virtudes, o deploro
amargamente mis vicios.

En ella, en mi dulce amada,
sólo a mí mismo me veo,
aunque a veces el deseo
multiplique mi mirada.

Y en verdad tanto es así,
tanto vivo yo en mi bella,
que hasta cuando pienso en ella
pienso que ella piensa en mí.

Si ella mi esperanza trunca
si ella me ha dado su fe,
ésta es cosa que no sé,
ni supe, ni sabré nunca.

Nunca el secreto maldito
de lo íntimo, de la esencia,
podrá arrancar nuestra ciencia
del seno del infinito.

Y en aislamiento profundo;
sin creer en nada ni a nadie,
la luz que mi mente irradie
me hará más oscuro el mundo.

¡OH! ¡¡EL HONOR!!

Extraña pregunta, a fe,
la de usted,
pues a preguntar se atreve,
y esto gran audacia implica,
lo que el honor significa
en el siglo diez y nueve.
¡Qué pregunta! ¡¡Es un horror!!
¿Y su ignorancia no llora?
¿Un hombre del siglo ignora
lo grande que es el honor?
¡oh! ¡¡el honor!!

Pues yo se lo probaré,
verá usted:
Si se atreve un periodista
a decir en su diario
que fué un tiempo presidiario
quien hoy es capitalista,
tal verdad será un error
si el aludido, en tal trance,
da muerte al otro en un lance
llamado lance de honor
¡oh! ¡¡de honor!!

Lo mismo que yo lo sé
sabe usted
que si en ciertos escondrijos
hay quien a jugar se atreve,

y, para *quedar bien*, debe
robar el pan a sus hijos,
de su familia al amor
antepondrá su honor ciego,
porque una deuda de juego
es una deuda de honor
¡oh! ¡¡de honor!!

La casada que yo sé,
dice usted
que tiene con más de cuatro
correspondencia secreta;
pues bien: lo que más le inquieta
es asistir al teatro,
pues encienden su rubor,
que brilla con falsas lumbres,
esos dramas de costumbres
en que se ofende al honor
¡oh! ¡¡al honor!!

Más todavía diré,
¡oiga usted!
La voz del caudillo escucha,
y, en el fragor del combate,
no hay quien no muera o no mate,
aun sin saber por qué lucha.
No le da al caudillo horror
de aquella gente la suerte
y da a aquel campo de muerte
nombre de campo de honor
¡oh! ¡¡de honor!!

CONFORMES

Es bella, te ama. — Yo tu ventura,
aunque ya envidio, más envidiara
si no supiera que su hermosura
está en tus ojos más que en su cara.

Su amor — y conste que no es despecho,
que de mis dudas no son resabios —
está en sus labios más que en su pecho
y está en tu mente más que en sus labios.

Pero ¡qué diablo! Cual sólo es justa
la ley cuando hace lo que queremos,
sólo es belleza lo que nos gusta,
verdad es sólo lo que creemos.

Veo que sabe tu inexperiencia
lo que el estudio más viejo ignora.
Te compadece mi altiva ciencia;
mi alma, al saberlo, te envidia y llora.

EXCEPCIÓN

Nada muere en el mundo. El movimiento
transfórmase en calor, luz o sonido;
la materia es eterna:
cuanto es también será, también ha sido.

Al esconder el sol sus resplandores
no se pierde la luz con que ilumina;
transfórmase en matices en las flores,
en imágenes mil en la retina.

El carbón que da el gas a las ciudades
y el fuego a la veloz locomotora
fué bosque en remotísimas edades,
y es la luz, que en sí encierra
y nos devuelve ahora,
la luz del sol que le alumbró en la tierra.

Sobre el mar la gaviota se desliza
y el agua con sus alas débil hiere,
y aquella ondulación con que el mar riza
no efímera allí muere,
que en las lejanas playas se confunde
con las que causa el barco que se hunde.

¡Sólo en el mundo la memoria humana
es fuerza que sucumba,
y del *yo* nada queda en pos la tumba!
El hombre al hombre olvida,
si le es indiferente, cuando muere,
y si le debe algún favor, en vida.

CONTRA DARWIN

Cuentan que en Abisinia, una manada
de feos babuínos (1)
fué de Brehm por los perros atacada
al cerrarle del monte los caminos.

De entre los cuadrumanos los más viejos
sobre los perros prestos se arrojaron,
y éstos al punto el campo abandonaron
no creyendo seguros sus pellejos.

Al ver trepar en salvo por las rocas
y huir al monte la simiana gente,
Brehm, contando sus fuerzas, que eran pocas,
azuzó a su trahilla nuevamente.

Esta corrió veloz, y en un momento
el valle ensordeció con sus ladridos
al alcanzar, de todos los huídos,
a un pequeño babuíno rezagado
que apenas cinco meses contaría,
y que, al verse cercado,
prorrumpió en agudísimos chillidos.

(1) Babuíno es el mono perteneciente a la especie *Cynocephalus babuin* Desm. *(N. del editor.)*

Al escuchar sus voces de agonía,
un viejo babuíno
bajó del salvador monte vecino,
se echó sobre los perros; con sus brazos
el cerco hizo pedazos;
arrebató al pequeño
y huyó con él, le dió su valor alas,
y ceder no le hicieron de su empeño
ya ni los perros, ni de Brehm las balas.

Herido, ensangrentado,
llegó el heroico mono a la montaña
y entregó a los demás el rescatado.
Tal vez la muerte coronó su hazaña.

Las doctrinas de Darwin abandono,
pues a decir, ¡oh estupidez!, se atreve
que mucho el hombre se parece al mono.

CIENCIA IMPOSIBLE

Un geólogo de Inglaterra
hizo a su país notorio,
sin moverse de su tierra,
ni aun de su laboratorio,

los ríos y las montañas
que escondían al mortal
las misteriosas entrañas
de toda el Africa austral.

Y Livingstone, que seguía
aquella ignota región,
de cuanto el sabio decía
halló la confirmación.

Estudiando Le Verrier
un intrincado problema,
un nuevo astro creyó ver
en nuestro solar sistema.

Y citándole en su esfera,
al saber su movimiento,
le mandó compareciera
a un punto del firmamento.

Contra todo lo esperado,
de la región infinita
en el punto señalado
Neptuno acudió a la cita.

En las regiones vecinas
a la bíblica Israel,
donde aun se ven las ruinas
de Nínive y de Babel,

de ladrillos calcinados
se hallan montones enormes,
en cuya arcilla hay grabados
caracteres cuneiformes.

Botín fueron de un viaje
y un sabio halló su secreto,
y resucitó un lenguaje,
y adivinó un alfabeto,

y en los signos descubiertos
hoy leer bien podemos ya
la historia de pueblos muertos
veinticinco siglos ha.

Y ni uno de los tres sabios,
ni ningún sabio del mundo,
osa desplegar los labios
ante el misterio profundo

del *microcosmos,* del ser;
mundo en cuya realidad
todo se puede saber,
todo, menos la verdad.

Nadie sus leyes percibe,
sus secretos no sabemos,
y esto que en nosotros vive
desde el punto en que nacemos.

Ni aun el sabio de más fama,
si es de lo falso enemigo,
dirá: esta mujer me ama,
o bien: este hombre es mi amigo.

LO RESPETABLE

Una ballena vieja y arrugada,
con pocos dientes, casi ya sin vista
o a lo menos con vista muy cansada,
andaba por los mares poco lista,
arrastrando su mole fatigada.

Ella que huyó el arpón del ballenero
cuando tenía el cuerpo más ligero,
perdidos ya el olfato y la destreza,
no asomaba a flor de agua la cabeza
temiendo siempre al pescador artero.

— ¿Pues cómo el pez hallaba y engullía?
— Es natural: el miedo aun subsistía
que infundiera, y, con santa devoción,
a ser comido el pez se sometía...
por respeto a la antigua tradición.

LA MUJER

Para poder comprender
el misterio que calculan,
los que la odian o la adulan,
que se encierra en la mujer,

basta saber el real
y profundísimo enlace
en que confundido yace
lo físico y lo moral.

Mujer y hombre se parecen
al ser niños; con la edad
surge entre ellos variedad
que crece cuanto ellos crecen.

Toma de aquél la figura
masculinos caracteres
y conservan las mujeres
de los niños la tersura.

De la inocencia y la calma
pronto los hombres se alejan,
y las mujeres semejan
siempre al niño en cuerpo y alma.

Si hacer trizas se las ve
el corazón de algún hombre,
lo hacen sólo, y no os asombre,
con la mejor buena fe.

También el niño, tan presto
como tiene de ello antojos,
arranca a una ave los ojos,
y no es criminal por esto.

Toda cariño y amor,
amor la mujer desea;
sino al que la llama fea,
a nadie guarda rencor.

Que al fin ella ha de querer,
como el ave ha de cantar,
como el río ha de ir al mar,
como el mañana al ayer.

Nunca del amor el rayo
en su pecho infantil muere,
y si al marido no quiere
querrá a cualquiera..., al lacayo.

Ignorando este misterio
deja a su esposa en olvido
el marido, y el marido
justifica el adulterio.

Yo no envidio al que comparte
el exclusivo cariño
que debe a su mujer-niño,
con la ciencia o con el arte.

De ningún hombre de ciencia
el talento hereda el hijo...
y no se deja, de fijo,
de cumplir la ley de herencia.

UNA DUDA

Se levanta a las seis de la mañana
y luego reza una oración cristiana,
y, vistiéndose aprisa,
se va corriendo a la primera misa.
Por la calle no mira a las mujeres,
pues son, para él, diablos estos seres.
Lo que come bendice con unción
por temor a una mala digestión.
Los ratos de reposo
lee algún libro simple y religioso,
y aprende cada día de memoria
una jaculatoria.
Pasa ayunando la cuaresma entera
por más que de hambre desfallezca o muera.

. . . . . .

Y así sin sufrir nunca desengaños,
dura, ya que no vive, muchos años,
y así se sacrifica y martiriza,
y su pecho a puñadas descuartiza
¡para hallar en el cielo su consuelo!

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

EL TIEMPO

Feliz era el alma mía;
amaba y aun era amado;
cuanto placer yo pedía
me era al momento otorgado...
y el tiempo veloz corría.

Mientras viví entre el placer
que en la gloria, en la mujer
y en la amistad encontraba,
mientras feliz logré ser,
rápido el tiempo volaba.

— ¿Por qué no corres, malvado,
hoy, que vivo entre el pesar?
— ¡Oh! ¡Corrí tanto a tu lado
que de puro fatigado
hoy apenas puedo andar!

FÁBULA

De los lentes de un botánico
cayó un cristal, se hizo piezas,
y quedó sobre una hormiga
un pedazo al dar en tierra.

Las hormigas, al pasar,
deteníanse, y, sorpresas,
contemplaban a una hermana
de tan rara corpulencia;
y la pequeñuela hormiga,
debajo del cristal presa,
convertidas en gigantas
miraba a sus compañeras;
en tanto el sabio reía
del terror de todas ellas.

Entre cristales de aumento
¡cuánta gente se pasea!

OSCURIDAD

A un ciego de nacimiento
pregunté: — Si no es enojo,
decid: ¿qué es el color rojo?
¿lo sentís cual yo lo siento?

Y respondió sin empacho:
— Pienso que será, sin duda,
como el olor de la ruda,
como el gusto del gazpacho,

como horno de fuego lleno,
como pisar un abrojo,
y aun creo que será rojo
el estampido del trueno. —

Calló... y aún son mi tormento
aquellas definiciones;
¡para cuántas sensaciones
soy ciego de nacimiento!

ROJOS Y BLANCOS

La rebelión triunfa. El rumor sordo
se escucha precursor de tempestades,
y cual río engrosado por las lluvias
en torrentes se escapa de su cauce,
así, sedienta de sembrar el luto,
la turba se desborda por las calles.

Este la antorcha del incendio ostenta,
aquél el arma despiadada blande,
y el aire puro que el pulmón aspira
cuando en blasfemias convertido sale
seca al paso la gota de aguardiente
al borde de los labios vacilante.
¡Ay de aquél que el furor del ciego pueblo
para hacerlo su víctima señale!

Salta a un golpe la puerta, ya hecha astillas
la casa en confusión la turba invade,
y, a poco, de un balcón, que todos miran,
con estrépito saltan los cristales
al dar paso a las ropas, a los muebles
que, apenas llegan a la calle, arden
entre las lenguas de espantosa hoguera,

y de ella en torno, en un inmundo baile,
se agitan, dando vivas y chillidos,
niños y mujerzuelas repugnantes.
Gritos de feroz júbilo resuenan
y un cuerpo inerte desde lo alto cae,
y aumenta el combustible de la hoguera
un mutilado y fétido cadáver,
con órbitas privadas de los ojos
llenas de negra coagulada sangre.
Ya de la casa y en tropel las turbas,
como espantadas de su crimen, salen...
pero no, que no lejos de aquel sitio
repetirán la escena, miserables.

Y todo lo contempla y lo oye todo
el femenil conservador cobarde,
que, agitado y miedoso, algún postigo
con sus trémulas manos entreabre,
sin sentir tanto el mal, por ser ajeno,
mientras frío sudor su cuerpo invade
y hace callar, con señas, a sus niños
para que no los oigan en la calle.

¡Cuadro espantoso que también he visto
sintiendo a mis mejillas agolparse
la sangre, al escapar despavorida
del corazón, henchido de coraje!

Ya sé que tales hechos pueden hijos
ser de causas tristísimas y graves.
La multitud que los comete, ciega,
puede no ser perversa, sí ignorante,
y los que a tal exceso la conducen
son más locos tal vez que criminales.

Yo sé también que hay crímenes sin nombre
que siempre a la justicia es fuerza escapen
y que sólo el furor de una revuelta
a castigar se atreve inexorable.
No ignoro que en las fábricas subsisten
a veces, por desgracia, los feudales
usos con que el señor de horca y cuchillo
acreditaba un tiempo su barbarie.
Pero aun así, mi mente se rebela
del pueblo al contemplar las crueldades,
y todos condenamos sus excesos,
y todos le juzgamos implacables.

Mas no siempre fué así; también en esto
valemos mucho más que nuestros padres:
ellos no condenaban, que aplaudían
cien veces más estúpidas maldades.

¡Ved el auto de fe! Llenas de júbilo
corrían en tropel a las ciudades,
teatros de aquel crimen, las familias
honradas de los próximos lugares.
Con vistosos adornos una hoguera
en mitad de la plaza sobresale,
multitud apiñada la rodea,
ávida de indulgencias y de sangre.
En las lujosas gradas se distinguen
caballeros y damas principales
luciendo ricas y costosas joyas,
vistiendo bellos y suntuosos trajes.
Y se admiran en sitios preferentes
del Santo Tribunal los familiares,
que no es la plebe quien comete el crimen,
ellos son: lo escogido entre los grandes.

Sobre la hoguera, encadenada a un poste,
la víctima se agita y se contrae,
de su sentencia la lectura escucha.
¿Queréis saber su falta? No la sangre
del homicidio le manchó. No el oro
le atrajo al crimen. Sólo es judaizante,
y un delator afirma que le ha visto
en sábado hacer fiesta y aun holgarse.
Dispútanse el honor de prender fuego
a la hoguera señores principales,
y pronto envuelve el cuerpo de la víctima
la roja llamarada al elevarse.
Negra humareda se levanta entonces
y un grito horrible de entre el humo sale
y al oscilar la llama un cuerpo vese
ennegrecido, informe y repugnante.
En un supremo angustioso esfuerzo
el infeliz intenta libertarse
y sus venas se hinchan y revientan
y sus ojos inyéctanse de sangre
y en estertor de la agonía agítase.
Llamas azules sus tejidos lamen
y hacen agrietar los tegumentos,
y, al levantar ampollas en la carne,
ya prenden en la grasa, que se enciende
y el aire infecta con hedores acres.
Convulsiva la víctima se agita
y al fin ya dobla su cabeza exánime;
ésta, así más cercana de los leños,
tras la llama se esconde un breve instante,
luego es sólo un carbón que denso humea,
luego vacila sobre el tronco y cae.
Y ni un grito de horror allí se oía
ni de la infamia protestaba nadie,

y al ministro feroz del Santo Oficio,
tan cruel como hipócrita y cobarde,
no el noble altivo le escupía el rostro,
que, al verle en el palacio o en la calle,
se inclinaba, y besándole la mano,
no siempre sin razón, llamaba padre.

MADRIGAL (?) FUTURO

Juan, cabeza sin fósforo, con Juana
paseaba una mañana
(24 Reamur, viento NE.,
cielo con cirrus) por un campo agreste.
Iban los dos mamíferos hablando,
cuando Juan se inclinó, con el deseo
de ofrecer a su amada, suspirando,
un *Dyanthus Cariophyllus* de Linneo.
La hembra aceptó, y a su emoción nerviosa,
en su cardias la diástole y la sístole
se hizo más presurosa;
los vasos capilares de la facies
también se dilataron
y al punto las membranas de su cutis
sonrosado color transparentaron.

EPISODIO DE VIAJE

Yo quisiera hacer un viaje
rápidamente, de un vuelo,
como las aves del cielo,
sin billete ni equipaje,

pero la materia vil
tal hazaña no consiente,
y así es fuerza que te cuente
un viaje en ferrocarril.

Es decir, un viaje no,
redúzcome a un episodio,
que las descripciones odio,
y a ésta no sabría yo

prestar ningún interés,
y, por lo tanto, la omito
y a Campoamor me remito:
vuelve a leer *El tren exprés.*

Cuatro o cinco horas hacía
que estaba dentro del coche,
y, ya de cerca, la noche
al poniente sol seguía,

cuando, mientras el ocaso
brillaba en rojo crespón,
llegamos a una estación
cuyo nombre no hace al caso.

Al ver el tren que llegaba,
un confuso griterío
escapóse del gentío
que aquel andén ocupaba.

Según oí que a mi lado
se refería en un grupo,
recogíamos el cupo
que al pueblo había tocado.

Y por el ferrocarril,
y en ocasión oportuna,
había llegado alguna
fuerza de guardia civil.

Mil lamentos y otras tantas
blasfemias y maldiciones
salían a borbotones
de enronquecidas gargantas;

graves encargos prolijos
de padres que amonestaban,
madres que nunca acababan
de despedir a sus hijos,

y parientes y allegados
y hermanos y conocidos,
ayes lanzando y gemidos,
bullendo por todos lados.

Los quintos con su pañuelo
anudado a la cabeza,
fingían mayor firmeza
ante tanto desconsuelo,

y, mal reprimiendo el llanto,
al oír de un jefe las voces
al tren corrieron veloces
alzando inseguro canto.

Transcurrió una breve pausa,
las mujeres se acercaron
y sus ayes redoblaron,
mas, sin saber por qué causa,

huir de repente mirélas,
y turbó sólo el reposo
el seco y estrepitoso
cerrar de las portezuelas.

No quedaba un coche abierto
ni se escuchaba un gemido,
la máquina dió un silbido
y el andén miré desierto,

pero no echamos a andar;
otro silbido estridente
lanzó el vapor nuevamente,
y otra vez volvió a silbar,

y otra, y otra, y otras ciento,
con salvaje melodía,
pero, nada: el tren seguía
sin ponerse en movimiento.

El jefe de la estación
en vano gesticulaba,
y aun el conductor bajaba
y subía del furgón.

Hasta nosotros venían,
sin poderlos definir,
ecos raros, y al oír
portezuelas que se abrían,

bajamos del coche, fuimos,
corriendo por el andén,
a la cabeza del tren...
y cien madres allí vimos

en la mitad de la vía,
pálidas y desgreñadas,
y en los topes abrazadas
de la máquina, que ardía,

sin exhalar un lamento
perdida tal vez el habla,
cual el náufrago a su tabla
postrera de salvamento.

El vapor, mal comprimido,
que silbando se escapaba,
su triste rostro caldeaba
y dejaba humedecido;

y en pos de ellas sus esposos,
sus padres y sus hermanos,
niños, jóvenes y ancianos,
de detener afanosos

la máquina con sus brazos
que, por más que el valor pueda,
a una vuelta de la rueda
quedaran hechos pedazos.

— ¡No marcharán! — exclamaban
y de allí no se movían.
— ¡No marcharán! — repetían
los que aquello presenciaban.

Y de todas las miradas
era blanco el maquinista
que allí, apartando la vista,
de sus mejillas tiznadas

enjugaba, con rubor,
una lágrima furtiva,
fingiendo que sólo iba
enjugándose el sudor.

(No acierta a pintar mi pluma
tan desgarradora escena
y al silencio la condena
la impotencia que me abruma.)

De cuanto allí miré yo
guardo un recuerdo confuso;
el sol los montes traspuso,
la noche nos sorprendió

y de pronto sé que oí,
y de terror quedé helado,
decir a un jefe irritado:
— ¡Que se las barra de ahí!

Y apenas fué pronunciada
tal orden, un pelotón
de guardias vi marchar, con
la bayoneta calada.

Otro cuadro adivinando,
tal vez más triste y cruento,
de allí me aparté al momento
y al coche subí temblando.

Después oí en confusión
una infernal gritería...
y quedó libre la vía
y huímos de la estación.

Partió como un rayo el tren...
y vi madres que lloraban...
y brazos que amenazaban
en vano desde el andén.

A QUIEN YO SÉ

Me engañaste, y: "¡No has sido tú el primero!"
dijeron mis amigos,
un tiempo de tus pérfidos engaños
víctimas o testigos.

No sé quién fué el primero, mas el último
sé que será un gusano:
buscará el corazón en tu cadáver
y ha de buscarlo en vano.

SILOGISMO

Si al ser feliz creo serlo,
sufro en mi dichoso estado,
porque me hace desgraciado
sólo el miedo de perderlo,
y si estoy bien sin saberlo,
pues no lo sé, no lo estoy.
Así, mañana como hoy,
ser feliz nunca podré,
pues si lo soy, no lo sé...
si lo sé..., ya no lo soy.

DE HORACIO

Libro II, Oda 18

No a mis techos sujeto
está el marfil y el oro, ni labradas
las vigas del Himeto
pesan sobre columnas cinceladas.

Heredero no he sido
del de Atalo cuantioso patrimonio;
ni mi traje ha teñido
el múrice que guarda el mar Laconio.

Tan sólo me dió el cielo
inspiración y canto melodioso
y corre con anhelo
a buscarme, a mí, pobre, el poderoso.

Con ruegos no fatigo
a Dios, ni son mis súplicas tormento
del potentado amigo:
con mi granja Sabina estoy contento.

Los días a los días
empujan, y a morir corren los meses,
y tú, loco, porfías
ocupado en los vanos intereses;

tú que el sepulcro olvidas,
casas construyes, y en la riente Bayas,
tus ansias desmedidas
del Ponto tratan de invadir las playas.

Aun más: tus propiedades
quieres engrandecer, y, hollando lindes,
las del vecino invades,
y a la miseria y al dolor le rindes.

De su choza lanzados
se llevan los Penates, que aun imploran,
y al huir desconsolados
los padres sufren y los hijos lloran.

El Orco que te aterra
no mirará que el oro aquí te sobre:
¡igual se abre la tierra
para el cuerpo del rico y el del pobre!

En vano Prometeo
intentó sobornar con su tesoro
a Carón. El Leteo
ni aun se vuelve a cruzar con puente de oro.

El barquero temido
a Tántalo y su raza allí mantiene,
y nunca presta oído
al llanto, ni en su marcha se detiene.

En cambio, a los mortales
cuando la Parca quiere, sin que dude
entre dichas y males,
llámenla o no la llamen, siempre acude.

DE HORACIO

Libro II, Oda 14

¡Ay! ¡Cuán fugaces, Póstumo, Póstumo,
pasan los años de nuestra vida!
¡Nada respeta la vejez trémula:
a nadie nunca la muerte olvida!

Llanto, hecatombes, preces ni súplicas
no logran calme Plutón sus iras;
Gerión cual Ticio sintió su cólera
y en la onda Estigia sus cuerpos miras.

También un día con nuestras lágrimas
aquellas aguas aumentaremos,
niños o ancianos, siervos y príncipes,
pobres y ricos: cuantos nacemos.

Por más que huyamos del Adria el ímpetu,
por más que el cuerpo de evitar trate
de otoño el aire maligno y húmedo,
y ame la calma, y odie el combate,

fuerza es veamos las playas lóbregas
donde la raza Danaica gime,
donde, anhelante, pretende Sísifo
subir la roca que su hombro oprime.

Tal vez en breve tus campos plácidos,
tu hogar, tu esposa, por siempre dejes,
y el ciprés sólo, de tantos árboles,
deba seguirte cuando te alejes.

Hoy con cien llaves guardas el Cécubo,
y el que te herede, tal vez mañana
con él el suelo rociará pródigo
de cien banquetes en la ansia vana.

ARABESCOS

(2.ª SERIE) (1)

(1) La *primera serie* en la página 57.

I

¡Qué escándalo ha precedido
a la invención del vestido!
Y ¡qué delitos tan graves
a la invención de las llaves!...

II

El siglo diecinueve,
nació cabeza abajo
y el corazón se le saltó del pecho
y, resbalando, le cayó en el cráneo.
Y por esta razón, sólo por ésta,
los hijos de este siglo caminamos
llevando el corazón en la cabeza.

III

¿Quién sabe ¡oh ciencia ignota!
cuántos mundos encierra cada gota
de la sangre que corre por mis venas?

Tal vez cuanto en el cielo contemplamos,
junto con el planeta que habitamos,
tan sólo un poro llena
de un grano microscópico de arena
del fondo de los mares de otro mundo,

que se agita a su vez en lo profundo
de un átomo de polvo de granito
de otro mundo... y así hasta el infinito...

IV

¡Oh delicia brahmínica: los mundos
ver correr en tropel por los profundos
espacios del vacío;
ver, tras de un sol, de mil, el ígneo carro
y estarme yo, al mirarlo, taciturno,
sentado en un anillo de Saturno
fumándome un cigarro!...

V

El verbo gozar, creo
que es defectivo,
pues no tiene presente
de indicativo.

VI

La envidia y la emulación
parientas dicen que son;
aunque en todo diferentes,
al fin también son parientes
el diamante y el carbón.

VII

Huele una rosa una mujer dichosa
y aspira los perfumes de la rosa;
la huele una infeliz
y se clava una espina en la nariz.

VIII

Cansóse de trabajar
Dios en arreglar el mundo,
y de un puntapié, al profundo
espacio lo echó a rodar;
y con rara ligereza
tanto ha rodado y rodado,
que de puro mareado
ha perdido la cabeza.

IX

Nunca puede el ignorante
ser feliz, siempre me dices:
¡cuántos hombres hay felices
que no saben quién fué el Dante!...

X

¡Soy Dios! Al nacer creé el mundo,
dí luz al sol al mirarle,
dicté la palabra al hombre
y los cantos a las aves;
por mí estrellas tiene el cielo
y tienen flores los valles,
y las almas sentimientos
y belleza las beldades.

¡Vive para mí, Universo,
que cuando mi vida acabe
tú morirás, y mi tumba
encerrará tu cadáver!

XI

El último alquimista,
cuando hubo ya agotado su tesoro,
encontró una manera de hacer oro:
inventó el accionista.

XII

Esos que buscan leyes en la historia
o crean leyes y hechos
y se quedan después tan satisfechos,
¿me sabrían decir qué fuera hoy día
de la Europa moderna y su cultura
si en vez de ir con ventura
(y que a Colón acompañó es muy cierto),
a descubrir la América nosotros
los de allá nos hubiesen descubierto?...
(Diréis que es imposible, mas no acierto
a ver por qué razón
no podía nacer allá Colón.
Y es natural reírse de esta idea,
porque es muy natural que quien se crea
ser rey del Universo, se eche a reír
al pensar que le pueden descubrir.)

XIII

En una gota de agua
que era su todo,
se reunieron en junta
tres infusorios,

y allí acordaron:
que fuera de la gota
no había espacio;
que lo que ellos creían
era lo cierto;
que eran de lo absoluto
únicos dueños,
reyes de todo.
He aquí lo que acordaron
tres infusorios.

XIV

Dios es un juez para el vil
a quien juicio y oro sobre;
para el malo, tonto y pobre,
Dios es un guardia civil.

XV

El que pierde a su padre
llora afligido,
y el que pierde dinero
se pega un tiro.

XVI

Lo que abunda se mira con desprecio;
cuanto es rara una cosa, tanto es cara;
por eso damos tan inmenso precio
a la virtud, por esto..., por lo rara.

XVII

No temes ningún desastre
ni la tempestad te arredra,
tu corazón, que es de piedra,
sirve a tu pecho de lastre.
Con la pasión al luchar,
tú siempre llegas a puerto:
si ves el tiempo cubierto
arrojas el lastre al mar.

XVIII

Esta moneda y esa espada, creo
que son lo más notable del museo;
ambas antigüedades
son restos de las bárbaras edades.
Su origen el catálogo ya aclara:
lástima que decir también no pueda
cuál de las dos más crímenes causara,
la espada o la moneda.

XIX

Y me dijo el reloj: — Esta cadena
tu ser une a mi ser, no el mío al tuyo;
cuando el goce más puro te enajena,
en vano quieres detenerme. Huyo.
Sufriendo vivirás, y de rodillas
me has de pedir que vuele apresurado,
y entre estas dos pequeñas manecillas
morirás fatalmente estrangulado.

XX

Oyendo hablar a un hombre, fácil es
acertar dónde vió la luz del sol;
si os alaba a Inglaterra, será inglés,
si os habla mal de Prusia, es un francés,
y si habla mal de España, es español.

XXI

Si miro al cielo en estas noches bellas
en que mi alma se eleva al infinito,
en caracteres mágicos de estrellas
nunca el nombre de Dios sé ver escrito.
Creo que si a alguien Dios dejó encargado
trazar algunos versos alusivos,
no supo qué escribir, poco inspirado,
y lo llenó de puntos suspensivos.

XXII

De un escritor, de un artista
de genio, podemos siempre,
para deplorarlo tristes,
saber el día en que muere,
y nunca el día en que nace
para celebrarlo alegres.

XXIII

Si elevan un monumento
a un genio los que le admiran,
por poco que lo deseen

piedras les dará la envidia,
pues basta con que recojan
las que ésta le arrojó en vida.

XXIV

Del mar las olas, cuya furia inquieta,
cuando la tempestad Dios no sujeta,
la nave estrellan con su atroz vaivén,
las olas a su Dios le dan sus gracias...
los náufragos también.

XXV

Pulsaba Apolo la celeste lira
a orillas de la mar, y una sonora
armonía al tañer, cayó en la arena
la lira; por las cuerdas él cogióla;
las cuerdas y las yemas de los dedos
en la arena imprimiéronse; las olas
respetaron las huellas delicadas,
y halláronse el pentágrama y las notas.

XXVI

En el mundo hay poca
felicidad pura
y a cada uno toca
escasa ventura.

¡Quien tiene bastante
con su cantidad
insignificante
de felicidad!

Es fuerza, aun con lucha,
a quien de nosotros
quiere tener mucha,
robarla a los otros.

Si viese algún día
feliz a un mortal,
yo le formaría
causa criminal.

XXVII

Toda negación implica
la afirmación del contrario;
he aquí un sabio corolario
que a los suicidas se aplica.

Estos en la muerte ven
el término de su mal,
lo que, al contrario, es igual
al principio de su bien.

Estar bien en la otra vida
nadie a pensarlo se atreve,
pues si hay Dios, castigar debe
con gran rigor al suicida.

Otra tontería es creer
en la muerte hallar la calma,
que allí nada siente el alma,
que la muerte es el no ser.

Luego es una estupidez
probar medio tan fatal.
Si la prueba sale mal
¿cómo ensayarla otra vez?

XXVIII

Tal vez dentro de mi cerebro escondo
capas de superpuestos sentimientos,
de ansias en otras épocas sentidas,
que, cual indestructibles sedimentos,
dejaron de mi espíritu en el fondo
los tempestuosos mares de otras vidas.

(Así a creer indúcelo la ciencia:
del cuerpo es el espíritu la esencia
y éste y aquél debieron
adquirirse en la lucha por la vida
y perpetuarse por la ley de herencia.)

Un resto del espíritu del triste
siervo de la edad media en mí subsiste,
y de él habré heredado
el odio a los poderes de la tierra,
y el monstruoso legado
del torpe fanatismo
en que un día su mente halló el reposo
que transformado siento yo en mí mismo,
que hoy es el poderoso
profundo sentimiento religioso.

Pienso no creer en nada,
y al penetrar en el severo templo,
a mi pesar se dobla la rodilla,
y a mi pesar se humilla
mi orgullosa cabeza,
y extático contemplo

y aspiro lo ideal de su grandeza;
un sentimiento inexplicable, intenso
se apodera de mí, y entre la nube
trémula y vacilante del incienso,
a lo alto mi alma sube,
los muros espesísimos esquiva,
y vacilante y trémula en su vuelo
al azulado cielo
huye, a través de la calada ojiva.

En una inferior capa de mi mente
el viejo celta acaso
marcó indeleblemente
las salvajes señales de su paso.
Y por más que yo creo que es la guerra
el mayor de los crímenes, que hermanos
somos todos los hombres de la tierra,
que la idea de patria, limitada
a su país, es torpe y es nociva;
al mirar a mi patria amenazada,
por ella ciego de furor combato
y el fuego, el *mismo* fuego, en mí se aviva
que un día el corazón latir hiciera
a Indíbil y a Mandonio y a Viriato.

INTIMAS

I

Cuando en lo hondo del valle
resuena un tiro,
se estremecen las aves
dentro sus nidos,
y tal vez piensen
en el hijo o el padre
que están ausentes.

II

Duerme la tierra cubierta
bajo un fúnebre capuz
cuando el alba la despierta
dándola un beso de luz.

Huye la sombra de donde
la luz nueva vida crea:
tras los árboles se esconde
para que el sol no la vea.

Del campo las verdes galas
cruza, cantando su amor,
esa armonía con alas
que se llama ruiseñor.

El aura corriendo esquiva
presta al valle nuevo encanto,
y en las flores, compasiva,
del rocío enjuga el llanto

y su voz de acentos suaves,
fingiendo un hueco sonido,
corre a asustar las aves
que aun duermen dentro su nido.

III

Vi a una niña y a un anciano,
tristes y pobres los dos;
tendióme aquélla su mano
y dijo temblando: — ¡Hermano,
una limosna por Dios!

Una limosna la dí
al mirar sus tristes ojos,
y — ¿te acordarás de mí? —
dije. Abrió sus labios rojos,
sonrió, y dijo que sí.

Desde entonces han pasado
dos o tres años o más;
ella no se habrá acordado
de mí, yo no la he olvidado
ni la olvidaré jamás.

IV

Tranquilo duerme el niño en muelle cuna,
mas de pronto su rostro de querube
vela un sombrío aspecto de tristeza,
cual vela al cielo azul la densa nube,
y a suspirar y a estremecerse empieza.

La angustia se dibuja en sus facciones,
en convulsión se agita, y se resiste
a admitir de su madre los abrazos,
y como auxilio demandando triste,
al aire extiende sus pequeños brazos.

Si ha visto siempre dulce su reflejo
y su imagen tranquila
en el límpido espejo
de la radiante maternal pupila;
si su breve existencia
ha pasado rodeado de placeres
¿qué recuerdos de horror que así revisten
sombríos caracteres,
hijos de sensaciones que aun no existen,
que aprenderse no pueden en tal calma,
se han despertado súbito en su alma?...

V

Milloncito de mi alma,
mi amor escribir no sé,
papel y pluma me sobran;
sólo lo escribiera bien
a ser la pluma mis labios
y tus labios el papel.

VI

Si cada vez que en ti pienso
cayese una blanca estrella,
tanto pienso en ti, que pronto
quedara el cielo sin ellas.

VII

Si cumplir con lealtad
nuestra última voluntad
es sagrada obligación,
cuando mis ojos se cierren
he de mandar que me entierren
dentro de tu corazón.

VIII

¿Te acuerdas?... Brilló la luna
y pensamos: ¡qué importuna!...

IX

Ríe; en el hermoso hoyuelo
un beso quiero enterrar,
luego ponte seria, y nadie,
nadie lo conocerá.

X

Toda una noche del polo;
los dos en un lecho solo,
tú aterida por el frío,
témpanos en derredor...
y en tu pecho y en el mío
el fuego del Ecuador.

XI

— ¿A quién quieres tú más, di,
a mí, o a Dios? ¡dilo!
— ¡A los dos!

— ¡A! ¿Conque a Dios?
— ¡A Dios!
(Y luego al oído): ¡A ti!

XII

Rodó una perla de tu collar,
cayó en tu seno,
y allí, a tu seno, fuíla a buscar
de gozo lleno.
¡Creílo un nido! ¡Dulce calor,
fuertes aromas,
y acurrucadas hallé en su amor
a dos palomas!

XIII

Cual la abeja los olores
en el cáliz de las flores,
bebo en tus labios la esencia
del amor que te consume:
¡el deseo!... este perfume
de la flor de la existencia.

XIV

La cosa más sublime,
el cuadro más hermoso
que he visto en este mundo
ni puedo ver en otro,
fué el techo de tu alcoba
reflejado en el fondo de tus ojos.

XV

¡Mis labios en tus labios...
mis manos en tu seno...
y un canto sin palabras
con música de besos!...

XVI

¡He aprendido en tu regazo
(mira, levántate un poco,
quiero retirar el brazo)
la gran ciencia de ser loco!

XVII

¿Por qué es menor el placer
que el deseo, en el amor?
Porque el fruto no ha de ser
tan bello como la flor.

XVIII

A la luz de la pasión,
los seres que nos rodean
vemos, en torpe ficción,
como queremos que sean,
nunca tales como son.

XIX

¿Que por qué no te echo flores
después que me has dado un beso?...
Pues... por eso.

XX

Que es una gran verdad veo,
aunque tarde se conoce,
que más aún que en el goce
está el goce en el deseo.

XXI

Por tener agua,
el mundo entero
diera yo un día,
y ahora, creed
que lo daría
por tener sed.

XXII

Hay en tu ser otro ser
que forjó mi fantasía
y encarnó la mente mía
en tu cuerpo de mujer.

¡Y crees, en tu egoísmo,
que te adoro a ti! A ti no,

a aquel ser adoro yo
pura esencia de mi mismo.

El vaso que la atesora
eres, pero no la esencia;
aquél cambia con frecuencia,
ésta... ¡ay! ¡ésta... se evapora!

XXIII

Si yo quisiera matar
a mi mayor enemigo,
me habría de suicidar.

XXIV

El ansia de saber, ansia infinita
en que siempre mi espíritu se agita,
no hallara paz, satisfacción ni calma,
aunque supiera el *para qué* del mundo,
las leyes de la física del alma,
el origen fatal de la existencia...,
cuanto no sabe ni sabrá la ciencia.

El ansia de gozar que me devora
no quedara tampoco satisfecha,
si al fin llegara la anhelada hora
de contemplar, sentada en mis rodillas,
la mujer ideal que yo he soñado,
de pálidas mejillas
y de mirar sensual y apasionado,
de pechos mal cubiertos por el traje
que en dureza y color mármol parecen

que no ceden al peso del ropaje
y a la presión de un beso se estremecen,
llena de amor, de fe, de poesía...
la que busca y no encuentra el alma mía.
Anhelo ciencia y goce,
goce y ciencia imposibles; si me afano
buscándolos, mi espíritu conoce
que fatalmente habrá de ser en vano.
Si alguna vez alcanzo lo que ansío
y ávida al fin lo estrecha ya mi mano,
a la palabra mágica de *¡es mío!*,
la posesión transfórmase en hastío.

XXV

Amor, deseo, goce, hastío, enojo,
colores son del iris de la vida;
¿quién, mirando el del cielo, habrá que mida
dónde acaba el azul y empieza el rojo?

XXVI

Quise apartarme del mundo
y consagrarme a mi amor
y vivir sólo por *ella*,
mas no logré mi ambición.

La luna en torno a la tierra,
la tierra en torno del sol,
¡más que la luna no quiera,
del sol gira alrededor!

XXVII

El tiempo es cruel con los seres
al medir pena y ventura;
en un día de amargura
cabe un año de placeres.

XXVIII

Para matar la inocencia,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta.

XXIX

Graba bien esta máxima en tu mente,
consuelo del mortal atribulado:
"No hay bien como el ajeno y el pasado,
y no hay mal como el propio y el presente."

XXX

Si no hay alma, ni hay Dios, ni hay otra vida
después de la terrena,
¿por qué, para qué, quién a este terrible
suplicio de la vida nos condena?

¿Por qué esta aspiración al infinito
que dentro de mí siento,
no puedo dominar, y encuentro en ella
a la par mi esperanza y mi tormento?

El latir de mi pecho fatigado
¿es tal vez el ruido
del batir de las alas de una ave
que se ensaya a volar dentro su nido?

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN 5

POESÍAS

Lógica extraña 31
Casos comunes 33
"Beati illi" 34
Lo que se dice y lo que se piensa 35
En Poblet 37
En sus días 39
A una mujer 40
Imitación de Heine 41
A una 42
Al maestro Juan Goula 43
La oración de la esposa 44
"Te, deum, laudamus" 45
Un viaje fantástico 46
En la muerte de Tomás Padró 52
Íntima 53
Fabulitas 54
Rehabilitación 56
Arabescos 57
A una artista lírica 62
Ellas 64
Petronila 78
Tres fragmentos 83
De Horacio 89

Págs.

Improvisaciones 91
El timor dei 94
Aqui dise del miraclo del timor dei 96

ALGO

"De omni re scibili" 103
Indigestión 105
Fabulita 106
A mi beldad 107
Aniversario 109
Libertad 110
Epístola 112
Mis cuatro muertes 115
"¡Ecce homo!" 118
"Delirium" 121
La última cuerda 124
Fábula 126
A un amigo 128
¡Ojalá! 133
Reflejo 135
¡Oh! ¡¡El honor!! 138
Conformes 140
Excepción 141
Contra Darwin 143
Ciencia imposible 145
Lo respetable 148
La mujer 149
Una duda 152
El tiempo 153

Págs.

Fábula 154
Oscuridad 155
Rojos y blancos 156
Madrigal (?) futuro 161
Episodio de viaje 162
A quien yo sé 168
Silogismo 169
De Horacio 170
De Horacio 172
Arabescos 175
Íntimas 189